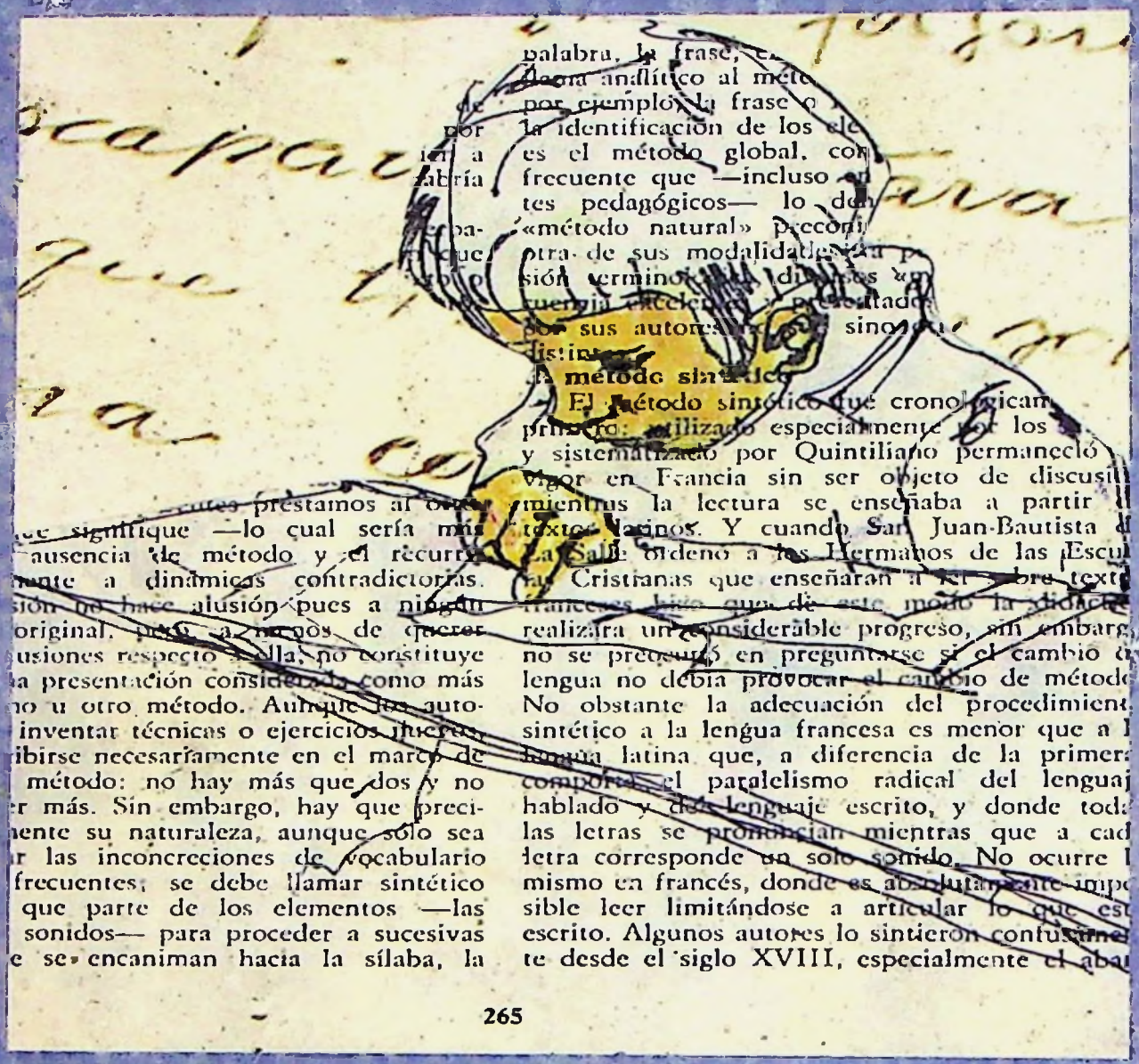
Amor y terror de las palabras



palabra, la frase, e
llama analítico al méto
por ejemplo, la frase o
la identificación de los el
es el método global, co
frecuente que —incluso en
tes pedagógicos— lo den
«método natural» preconi
otra de sus modalidades, la p
sión verminoniana, dibujos «n
cuenta excelentes y presentados
por sus autores
distintos.

El método sintético

El método sintético que cronológicam
primero: utilizado especialmente por los
y sistematizado por Quintiliano permaneció
vigor en Francia sin ser objeto de discusi
mientras la lectura se enseñaba a partir
textos latinos. Y cuando San Juan-Bautista d
La Salle ordenó a los Hermanos de las Escu
las Cristianas que enseñaran a leer sobre text
franceses hizo que de este modo la didáctic
realizara un considerable progreso, sin embarg
no se preguntó en preguntarse si el cambio d
lengua no debía provocar el cambio de método
No obstante la adecuación del procedimient
sintético a la lengua francesa es menor que a l
lengua latina que, a diferencia de la primera
comporta el paralelismo radical del lenguaj
hablado y del lenguaje escrito, y donde toda
las letras se pronuncian mientras que a cad
letra corresponde un solo sonido. No ocurre l
mismo en francés, donde es absolutamente impo
sible leer limitándose a articular lo que est
escrito. Algunos autores lo sintieron confusame
te desde el siglo XVIII, especialmente el aba

265

José Manuel Briceño Guerrero

Monte Ávila
Editores Latinoamericana CA

Amor y terror de las palabras

José Manuel Briceño Guerrero

Amor y terror de las palabras

República Bolivariana de Venezuela
Monte Ávila
Editores Latinoamericana CA

1ª edición, Mandorla, 1987
2ª edición, Consejo de Publicaciones ULA, 1999
3ª edición, Centro Editorial La Castalia, 2007
1ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2009

ILUSTRACIÓN DE PORTADA
Mariela Pinto, 2009

Coordinador de esta edición:
NELCI MARÍN

ESTA EDICIÓN HA SIDO CUIDADA POR LA CASTALIA

© MONTE ÁVILA EDITORES LATINOAMERICANA, C.A., 2009
Apartado Postal 70712, Caracas, Venezuela
Telf (58-212) 265.6020-Telefax (58-212) 263.8508
www.monteavila.gob.ve

Hecho el Depósito de Ley
Depósito Legal Nº lf50020098004379
ISBN 978-980-01-1763-7

Αἰών παισ ἐστι παίζων, πεσσεύων
Παιδὸσ ἡ βασιληιη. Ἡράκλειτοσ

Prólogo

Leídos los manuscritos, fui a ver al autor, antes de escribirles un prólogo, para clarificar por medio de preguntas una objeción que me molestó durante la lectura. Antes de escribirlo, debía conformar o suprimir una renuencia en mí y un rechazo.

El texto debe hablar por sí solo —ya lo sé— y es defectuoso si el autor se ve obligado a explicarlo. Pero, en este caso, se trataba de algo que me inquietaba personalmente, más acá de la comprensión.

No cometí la grosería de preguntarle si el relato era autobiográfico. Toda ficción es, en alguna medida, autobiográfica y toda autobiografía es, en gran medida, ficticia. Lejos de mí tratar de deslindar por pura curiosidad el límite entre ambas. Mi asunto se planteaba en otro nivel, sutilmente distinto: yo percibía dos discursos; el uno de ideas, el otro narrativo.

Entiendo y acepto que un discurso de ideas se sirva de un discurso narrativo, aunque, como amante de la literatura,

ponga objeción al uso instrumental, servil de la ficción. Inventar un personaje con un defecto psíquico permite, sin duda, mostrar con mayor claridad aquello que la dificultad pone en evidencia, pero las ventajas teóricas de tal proceder traen consigo a menudo desventajas estéticas, dependiendo todo, por supuesto, del arte.

No era ése, sin embargo, el caso de este manuscrito. Me pareció más bien que el discurso teórico salía de la ficción narrativa y a veces sentí que era yo quien hacía esa distinción en forma un tanto arbitraria.

Le expuse todo esto y guardé silencio para escuchar su comentario; pero él no dijo nada. Entonces yo comprendí la vaguedad genérica de mi exposición y concreté. Cuando el adulto presta al niño sus comprensiones y su lenguaje de adulto, ¿no está falsificando la infancia? Él no respondió.

Yo concedí de inmediato: La reflexión del adulto ilumina las experiencias de la infancia y da sentido a los recuerdos lejanos; además, el narrador es todo el tiempo un adulto. Pero —y aquí sí formulé abiertamente mi objeción—, ¿es verosímil atribuir a un niño, incluso a un niño sensitivo en extremo, la terrible aventura narrada en este texto y su continuación durante la adolescencia y la juventud? Él no respondió.

Aclaré: He oído de expertos que el niño es padre del adulto y admito la importancia de los primeros años de la vida en la formación del hombre, ¿cómo negarla?, pero la posibilidad de una búsqueda tan implacable y tan secreta en tan temprana edad me resulta inconciliable con mis observaciones de los niños.

Mientras aclaraba, se puso de manifiesto en mí una inquietud inexplicable y me di cuenta de que el centro de mi pregunta era obscuro para mí mismo.

Él alzó los ojos hacia mí. En su mirada había respeto y compasión. Calló todavía, como si midiera sus palabras antes de pronunciarlas para no ofenderme. Al fin me preguntó: ¿Recuerdas tu propia infancia?

Entonces fui yo el que no respondió. Confrontado conmigo mismo en el centro de mi intimidad, guardé silencio y exploré mis recuerdos, en calma, pues ni él ni las circunstancias me apremiaban.

No vi mucho. Algunos incidentes, algunas travesuras, ciertos castigos, éxitos y fracasos escolares, todo a través de un agua turbia que desdibujaba las imágenes visibles y ocultaba —así me pareció— lo más importante. ¿Cuándo, cómo se había hundido mi infancia en los abismos de la memoria? No recuerdo sino por fragmentos deformados al niño que me engendró.

Tuve la sensación de llevar en mí una Atlántida sumergida. ¿Con qué fuerzas bucear? ¿Qué batiscafo podría llevarme a ese nivel de mi origen? En un instante esquivo me pareció recordar una limpidez, una transparencia, una libertad ilimitada sin dualidad y sin vocerío. Me pareció entrever la plenitud perdida, el poder de mis primeros años. Pero entonces yo era todo un niño, ahora soy sólo un hombre, un hombre solo.

J.M.B.G.

Álef

lo nombrado existe.
El lenguaje, que
hace existir las cosas.

Desde siempre la experiencia vivida en la palabra me pareció más real que el contacto directo con las cosas. No sentí el lenguaje como representante del mundo que los sentidos me entregaban, ni como camino hacia él, sino como ámbito de una realidad más fuerte y más cercana a mí. No sólo lo que yo percibía, también todo lo que hacía y sentía mostraba signos dolorosos y grises de inferioridad y exilio en contraste con la plenitud verbal. Todos los seres eran para mí aspirantes obscuros a una dignidad que sólo la palabra podía darles y hasta su débil existencia provenía de sus nombres; una existencia prestada, pues el centro de gravedad y de prestigio se mantenía en los nombres.

En palabras fui engendrado y parido, y con palabras me amamantó mi madre. Nada me dio sin palabras. Cuando yo comencé a preguntar: ¿Qué es eso?, no pedía la ubicación de una percepción en un concepto; pedía la palabra que abrigaba y sostenía aquella cosa, para sacarla de la orfandad, para arrancarla de la precaria existencia suministrada por la palabra

cosa, indiferente y perezosa madrastra, y restituirla a su hogar legítimo, su nombre, en el mundo firme de mi lengua. Hogar prestado, es cierto; pero único hogar al cual podían aspirar las cosas, condenadas como estaban a vivir arrimadas en la casa del verbo.

Si observaba atentamente, descubría que el mundo no verbal era un mundo constituido por la palabra. En gran parte me lo entregaban los sentidos, sí; pero sentidos educados por la palabra. Los nombres de colores me enseñaron una manera de percibir; ya adulto aprendí un idioma con menos nombres de colores que el español; si esa hubiera sido mi lengua materna, el mundo supuestamente no verbal hubiera sido menos polícromo. Otro idioma tiene ochenta palabras para designar diversos tipos de arena y ninguna para designar la arena en general. Si esa hubiera sido mi lengua materna, el amor mío por las playas habría tenido dedos más numerosos y sutiles para acariciarlas minuciosamente desde ojos expertísimos.

En los juegos infantiles, las palabras de rondas y diálogos hieráticos eran más importantes que los movimientos de cuerpo y emoción: los producían y gobernaban; los contenían y guardaban cuando no jugábamos; y ahora los recuerdo como un cierto brillo cristalino en ellas.

Durante los bochinches del recreo y las peleas furtivas en el aula, me herían más las palabras agresivas que puñetazos, pellizcos, jalones de cabello, empujones, patadas y pedradas. El verso de Martí

> Cultivo la rosa blanca
> en junio como en enero
> para el amigo sincero
> que me da su mano franca.
> Y para aquel que me arranca
> el corazón con la mano,
> en junio como en enero
> cultivo la rosa blanca.

era más interesante que atender el jardín o ser magnánimo. La frase: «Según opinión de muchos historiadores, Cristóbal Colón, descubridor de América, nació en Génova, ciudad de Italia; sin embargo, algunos investigadores modernos opinan que era español», me parecía más valiosa que el descubrimiento de América y la vida de Colón.

Expresiones anunciadoras, preparatorias y acompañantes del castigo como: No sean hijos del rigor, Hoy no está la masa pa' bollo, Guerra avisada no mata soldado, Esto es la gota que rebosa la medida, Te vas a acordar del día en que naciste, Me duele a mí más que a ti, pero es por tu bien, me impresionaban más que la creciente ira contenida de la madre y su descarga final.

A un compañero enfurecido que se abalanzaba sobre mí, le dije con gran desparpajo: Pega, pero escucha; se detuvo asombrado, yo me fui porque no tenía nada más qué decirle. ¿Qué más que esa poderosa frase llegada por boca del maestro desde la antigüedad clásica?

Los dedos rosados de la aurora me gustaban más que el amanecer. Fue por las tres Marías, el lazo abierto, las siete cabrillas, el toro tuerto, la cruz de mayo, el cazador con sus perros y la leche derramada, que me interesaron las estrellas. Quise ver el mar porque en él no se podía arar ni cosechar y era como un potro. No se crea, sin embargo, que el encanto estaba en la metáfora, ese salto semántico que tanto había de cautivarme más tarde.

Estaba sobre todo en las palabras mismas, en su sonido, en las relaciones de sus sonidos, en el parentesco oculto de las letras, en la secreta correspondencia de las sílabas, cómplices en un juego clandestino, de espalda a los significados, o tal vez determinándolos, pero como acción secundaria y parcial dentro de un hacer autónomo, propio del lenguaje, independiente de nosotros y en general inadvertido.

Así, por ejemplo, el relato de las fábulas y sobre todo las moralejas me dejaban frío; no así las expresiones:

Subió una mona a un nogal
y cogiendo una nuez verde
en la cáscara la muerde
con que le supo muy mal.

A casa del cerrajero
entró la serpiente un día
y la insensata mordía
en una lima de acero

Sospeché que los poetas conocían esa red sutil y secreta de sentido y significaciones propia del lenguaje en sí mismo, y que trabajaban desde ella, por ella, tomando como pretexto los temas que trataban; de ella emanaban, por lo menos para mí, el encanto y la belleza de los poemas; eran buenos en cuanto ponían en juego y evocaban intencionalmente la escondida entraña del lenguaje mientras pretendían contar historias, descubrir situaciones, expresar sentimientos o amonestar e incitar.

Osé pensar que a Homero no le importaban mucho ni los rencores del Pélida funestos, ni la nefasta belleza de Helena, ni los urgentes manes de Patroclo, ni la altivez inexorable de Ayax.

Osé poner en duda la devoción de Berceo por la Santísima Virgen. Osé considerar secundarios a moros y cristianos en los antiguos romances como a gitanos y toreros en los nuevos.

Sobre todo en la adolescencia, cuando comencé a leer poemas de amor, me pareció que los poetas no amaban a las muchachas cantadas en sus versos, sino a una esquiva doncella oculta en la palabra y relacionada sólo ocasionalmente y por añadidura con las ingenuas receptoras de ese vicario afecto.

Me equivocaba sin duda. Me equivocaba tal vez. Pero algo era claro: se mezclaban dos mundos, originario el uno, derivado el otro, con servidumbre ilegítima no infrecuente del primero al segundo. Lo mismo ocurría ciertamente en el habla cotidiana; pero aquí se justificaba por los imperativos de la necesidad y el deseo. De los poetas cabía esperar la pureza. Yo era más radical.

En la infancia aprendí con placer nombres y proverbios de cuyo significado no quiero acordarme. Me gustaban los trabalenguas más que las golosinas. Paladeaba hechizos y conjuros glosolálicos como si fueran caramelos. Mi juego favorito era hablar en una lengua inventada sobre la marcha: astrapalún galabir decía un compañero y yo le respondía de inmediato paslacatar, iniciando así un diálogo como nunca he tenido mejores; decíamos que era francés o turco o chino según el parecido con el habla de esos extranjeros, a quienes por cierto ponía yo más cuidado, sin entender, que al maestro, entendiendo.

Oír conversaciones de lejos era tranquilizante como el ruido de la lluvia y yo intentaba siempre oír regaños y discursos como quien oye llover. Pero lo que más me agradaba era quedarme a solas, sin testigos, para desatar las palabras de su significado, para soltarlas; repetía en voz alta una palabra cualquiera y la seguía repitiendo, a veces en grito pleno, a veces en susurro, hasta que perdía todo contenido, toda referencia a las cosas. En un primer momento de liberación, la palabra pelícano podía agredirme como una serpiente enfurecida y la palabra serpiente acariciarme las sienes como el viento veranero. Pero una vez en libertad completa, la voz repetida rompía todas las estructuras de mi mundo y abría un ámbito misterioso de inminente peligro indefinible donde resollaba el sagrado terror de la locura. Huía yo entonces y esperaba horas, días o semanas hasta reunir suficiente valor para volver.

Bet

El juego de liberación de las palabras, en llegando al sagrado terror de la locura, me hacía huir despavorido hacia la región más transparente del habla, aquella donde se produce la comunicación con los demás sobre asuntos pequeños y prácticos de la vida diaria: ¿Quién cogió mis lápices de color? Yo no. Yo tampoco. Yo menos. Entonces, ¿se fueron corriendo? ¿Cuándo va a hacer la tarea? Es que se acabó el querosén.

En esa región, por lo general, las palabras se ligan a las cosas en servidumbre tan humilde y dócil que nos ponen de manifiesto su propia realidad separada. En esa región, las conversaciones surgen por necesidad para coordinar la acción, trasmitir la voluntad, expresar el deseo; o se pueden suscitar para articular la compañía y el compartir. En esa región se encontraba un refugio seguro, reforzado por las circunstancias de la casa y la escuela y por el quehacer ritualizado de todos los días.

Pero el abuso y la pasión, o alguna debilidad congénita, nublaron y volvieron insegura la región más transparente.

lo anecdótico.

Antes de explicar cómo, debo hacer notar que ya el hecho de aprender a leer y escribir conspiraba contra la transparencia de la palabra. En primer lugar, aprender a deletrear, silabear y decorar, así como a dibujar las letras y luego a unirlas ponía el cuerpo de las palabras en el foco de la atención y reforzaba mi inclinación a considerarlas y sentirlas en sí mismas. En segundo lugar, la lectura y la escritura me introducían a una dimensión de la vida consciente que podía alejarse mucho de mi experiencia cotidiana, no sólo en el espacio y en el tiempo, sino también en el tipo y la calidad de los temas, hasta el punto de ponerme en contacto con situaciones, ideas y sentimientos inaccesibles para mi grado de desarrollo y madurez, de tal manera que el mundo verbal usurpaba por anticipado las vivencias futuras y las predeterminaba, convirtiendo su posterior aparición en lastimosos sustitutos, o bien me sumía en delicuescencias fonéticas de undívago proteico, confuso y hermoso contenido semántico.

Todo esto, por sí solo, quizás no hubiera tenido graves consecuencias. Tal vez hubiera contribuido más bien a mi adaptación social en una cultura en la que la palabra escrita ocupa destacadísimo lugar y, en el peor de los casos, me hubiera condenado a ser hombre de letras; pero yo abusé apasionadamente del solitario juego y me envicié, con adicción morbosa, al sagrado terror de la locura.

El repetir palabras ponía en crisis mi mundo y eso, precisamente, ejercía sobre mí una atracción poderosa y malsana. No lo hacía a pesar de eso. Sino por eso. Antes del pánico, en los instantes previos y anunciadores, pude observar que no todas las palabras lo provocaban de igual modo. Dignidad estallaba en colores, Zagal florecía, Hispánico se quebraba en mil pedazos, Peñasco reventaba, Cáspita y Recórcholis se fundían, Burbuja apagaba las luces, mi propio nombre se convertía en un silencio negro y peludo.

Experimenté con sílabas y vocales sueltas, ora en notas muy altas, ora en notas muy bajas; aceleraban la llegada

del momento supremo. Las primeras, con sabores y olores devastadores. Las segundas, con erizamiento del pelo, cambios de temperatura en el abdomen, zumbidos en los pies, sudoración en la nariz y los pómulos. No llegué a encontrar una conexión necesaria de las sílabas y letras con las sensaciones extremas, de manera que nunca pude predecir éstas acertadamente, como sí en el caso de ciertas palabras.

Conjeturé que el terror era un umbral, que si lograba acostumbrarme a él pasaría a otro mundo, o a otro modo de ser, que tal vez podría regresar sin perderme para siempre en la locura, que todo era cuestión de fuerza. Pero no fui prudente; fascinado, comencé a practicar el juego secreto aun cuando no estaba preparado, a mi propio entender, ni siquiera para huir con éxito en el instante crítico. Así, una tarde, después de haber pronunciado muchas veces, en susurro, una palabra que aún ahora no puedo recordar sin un escalofrío, al huir yo el terror me persiguió, como un enjambre de avispas, hasta la región más transparente. Quedé abrigado de alguna manera en la comunión fática, pero el refugio seguro se volvió precario: bastaba que yo dijera ciertas palabras, o que otra persona las usara, para sentir la inminencia del terror. Éste se presentaba en forma mediata, resistible, pero frecuente y me imponía fatigantes esfuerzos defensivos. Alguien preguntaba: ¿Quién es aquel que se está montando en el almendro?, y yo sufría la compulsión de preguntar: ¿Quién es aquel que el paso lento mueve sobre el collado que a Junín domina? o: ¿Quién es aquel que se alza como una columna de humo en el desierto?, preguntas en las que aparecen las palabras Junín y columna ya usadas en el juego y capaces ahora de inducir por sí solas, espontáneamente, el estado de ánimo temido.

Una mañana nos interrogó la hermana mayor, sospechando un uso indebido de sus útiles por parte nuestra. ¿En dónde están mis aros de calar?, y yo oí dentro de mí: ¿En dónde está mi Alcázar guarnecido de luna, en dónde están mis altas corolas Camelias y en dónde está mi cofre donde sellé

tu Ausencia?; el peligroso alcázar, las acechantes camelias y esa desvencijada ausencia me estremecieron y palidecí seguramente, signo de culpa. Inocente, fui declarado responsable de los aros de calar destruidos por quién sabe cuál de mis hermanos en un intento de convertirlos en circenses círculos de fuego para nuestro perro, demasiado grande ya y no entrenado en esos brillantes ejercicios.

Al derrotado rey persa, según el maestro, un esclavo tenía la obligación de decirle varias veces al día Déspota, acuérdate de los atenienses, frase que esconde sutilmente la palabra Délos tan propensa a soltarse, pero sonó la campana del recreo y me salvó.

Las circunstancias, pues, familiares y escolares, me auxiliaban, así como la capacidad de reprimir las voces interiores, pero la región más transparente ya no era segura; me veía forzado a mantener un cierto estado de alerta y a librar pequeños combates que me robaban la espontaneidad y podían criarme fama de bobo por el retardo en las respuestas.

Fue mi primera gran incomodidad (*disease*). Por una parte me gustaba ese súbito ablandamiento del mundo: la presencia amada de la palabra sola, su espontánea aparición en respuesta cariñosa a mis acercamientos anteriores. Pero, por otra parte, me sentía acosado: no escogía yo el momento de los encuentros íntimos; éstos se producían sin darme tiempo para prepararme; tenía que rechazarlos porque me sentía incapaz de controlar el terror; la invitación que me hacían a pasar a un más allá inimaginable, incalculable, me espantaba sobremanera. No se me ocurrió pensar entonces que podía ser un más acá seguro sino un ámbito terrible del cual no volvería. Tampoco me pasó por la mente hablar del asunto con algún compañero o con algún adulto. Asumí el problema sin crítica, como cosa personal mía, y llegué así a buscar refugio, paradójicamente, en las cosas mismas, ese sórdido reino tan dependiente del verbo, tan insignificante en sí mismo, tan desolado.

GUÍMEL

YO HABÍA despreciado las cosas. Su natural orfandad las hacía indignas de mi vista mientras no fueran adoptadas. Cuando alguna, desde su exterioridad anónima, lograba llamarme la atención, entonces tenía que bautizarla u olvidarla. Como casi todas habían sido nombradas, ir hacia las cosas significaba, en realidad, recorrer los caminos ya trillados por la palabra, pasearme por el reino del verbo. No tenía más que preguntar a los adultos o buscar en libros de escuela y enciclopedias para encontrar el vocablo que las había domesticado e incorporado a una familia. Además, muchas habían sido generadas a partir de cautivas y habían nacido ya en el seno del lenguaje: útiles, enseres, instrumentos, artificios, artefactos, artilugios.

Pero ahora no se trataba de ir hacia las cosas en ese sentido. Se trataba de huir hacia las cosas mismas. Huir de la palabra.

No parecía empresa fácil. Según podía colegirse de la conducta propia, de lo observado en los demás y de lo leído

en libros, toda exploración de lo desconocido era, en gran parte e indispensablemente, verbal. Los actos en general y los actos de búsqueda en particular estaban iluminados por la palabra. Cuando se encontraba algo nuevo el discurso lo probaba, lo rodeaba, lo sitiaba, lo asediaba, lo penetraba, lo expugnaba, lo tomaba hasta apropiárselo.

No era empresa fácil; mucho menos para mí que amaba las palabras y recurría a este intento de fuga azorado por una vehemencia en ellas superior a mi comprensión y a mi valor. Sin embargo, entre los juegos infantiles, había algunos que apuntaban hacia las cosas mismas. Si los extremaba, alcanzaría tal vez el exilio provisional que tanto me interesaba ahora como refugio esporádico voluntario. Otras experiencias de esa edad ingenua apuntaban también en la misma dirección, ¿podría empujarlas hasta sus últimos límites para evadirme cuando el acoso de una palabra se volviera irrechazable o para descansar periódicamente de esa ambigua guerra?

Además de los juegos en los que predomina abiertamente la palabra, mis favoritos, había otros que desplazaban la atención hacia cosas. El trompo, el papagayo, las metras, el gurrufío, la pata de gallina, el bolo, se basan en destrezas manuales y habilidades dinámicas en general para manipular los juguetes de manera que la conciencia se absorbe en éstos. Pero después de todo se quedan en el ámbito verbal. Su aprendizaje, su coordinación y su decurso ocurren bajo la égida del lenguaje, en cuyo seno nacieron como objetos artificiales, acompañados de términos técnicos todo el tiempo. En algo me ayudaban de todas maneras.

Había juegos empero más cercanos al borde del lenguaje. La gallina la jabada puso un huevo en la cañada, puso uno, puso dos, puso tres, puso cuatro, puso cinco, puso seis, puso siete, puso ocho, guárdame mi bizcocho para mañana a las ocho y merolico santolico quién te dio tan largo pico, pa' que fueras a picar los pasteles del obispo contrarrestaban esas

para mí peligrosas estructuras verbales con tremendos pellizcos que las volvían inofensivas.

El cigarrón-ron-ron sólo tenía esa palabra, dicha entera apenas una vez y reducida después a la repetición de la última sílaba, mientras el índice extendido describía espirales en el aire para picar de manera súbita, impredecible hacia el entrecejo de algún niño y poner en juego sus reflejos.

El burrito y aquí-hay-carne-no-hay acompañaban débilmente el acercamiento horripilante de los dedos a la axila, centro de ingobernable pataleo, aunque se intentara hasta lo último y más allá esconder las cosquillas.

La tilla, ese pedazo de la palabra costilla, único vestigio verbal del juego, se olvidaba cuando los flancos del pecho se sentían tecleados por virtuosa digitación.

Después de los desafíos y las mentadas de madre, la lucha a puñetazos garantizaba un estado de ánimo poco verbal.

Entre montes-y-remontes-de-todas-las-traiciones se hacía atravesando a la carrera y sin camisa un patio enmontado donde abundaban las plantas espinosas y urticantes.

En que-crezca-el-montón, después de la invitación inicial, sólo había gritos inarticulados de niños que se lanzaban unos sobre otros hasta que los últimos tenían que trepar.

Cuquiar-avisperos-y-perros-bravos para salir corriendo a zambullirse en el río, podía jugarse sin hablar.

No estaba yo, pues, desasistido en mi intento de abandonar el lenguaje. Pero todos esos juegos se practicaban entre varios y en ciertas ocasiones, de modo que sólo podían auxiliarme por coincidencia, no cada vez que los necesitaba; además los pervertía al usarlos para huir, ya que eran un fin, un llegadero deseado y bienvenido siempre. Me dieron sin embargo una clave: en los más cercanos al borde del lenguaje, la cosa que imponía su presencia por encima de las palabras era el cuerpo propio.

Amenazado, cosquilleado, puesto en peligro, oprimido, golpeado, herido, el cuerpo propio, con sus actos defensivos, su risa, su enardecimiento, su dolor, sustituía totalmente

el lenguaje o lo reducía a gritos entrecortados de carácter exclamativo cuando más. Y el cuerpo propio siempre estaba a la mano.

Alguien me había enseñado a pasar la punta de la lengua en el paladar haciendo círculos y a quebrar las articulaciones de la mano.

Morderse el labio y comerse las uñas no exigía mucha inventiva. Halar el pelo de la sien ya se practicaba en el juego de ver-a-Dios y de ver-al-Diablo. Pellizcar el muslo en su parte exterior cerca de la rodilla, meterse una pluma de gallina en la nariz, sacar el ratón, arrancarse costras de ronchas en proceso de cicatrización, dejarse picar de los bachacos, eran prácticas corrientes que yo podía hacer solo casi en cualquier momento. Ni aun en soledad, abandonado a mis propios recursos, estaba inerme.

Una vez, en clase, mientras el maestro hablaba, una de las palabras, Persépolis, se liberó de su significación y resonó en mí bella y poderosa, como una campana. Deleitado por su presencia, no advertí el peligro hasta el umbral aciago. Con brusco movimiento involuntario de pánico empujé el tintero que se quebró ruidosamente y salpicó de negro las medias blancas de dos compañeros, además de manchar el piso y violar el sacrosanto precepto de respetar los útiles escolares. A pesar de todo eso, la bella palabra no detuvo su resonancia, pero el maestro, sin saberlo, vino en mi auxilio con la palmeta nueva y me devolvió la paz en el rubor ardiente de las manos.

Me convertí en un alumno indisciplinado al que había que castigar con frecuencia y mis notas de conducta bajaron en picada con las inevitables convocatorias a mi padre o representante.

Me volví huraño, hosco, esquivo y reticente. La piel constelada de peladuras, morados, rasguños, los bolsillos llenos de picapica y ají, los labios rotos, me escondía entre el follaje de los árboles y en los armarios.

Había comenzado a gustarme —debo confesarlo— el peligro de esas palabras liberadas; me envalentonaba y ensoberbecía seguramente el estar asistido por el recurso de huir hacia mi propio cuerpo, esa cosa salvadora, sobre todo por medio del dolor.

Dálet

Pero el dolor y las otras conmociones violentas del cuerpo no me atraían ni me agradaban y en su forma aguda me eran abominables. Las usaba como remedio heroico contra el sagrado terror de la locura. Propiciaron, sin embargo, la exploración de las relaciones con el cuerpo y el surgimiento de un juego imprudente, inédito hasta entonces.

Descubrí el mareo en el juego de dar vueltas velozmente en torno a un árbol tocándolo con una mano. Llegaba un momento en que no podía mantener la trayectoria circular y salía por la tangente dando tumbos hasta caer; entonces todo el mundo daba vueltas a mi alrededor y se me revolvía el estómago.

Desde el campanario de la iglesia, saqué medio cuerpo por la ventana para mirar hacia abajo y conocí el vértigo, pariente del mareo.

Observé con mucho interés a un visitante que comía chimó. Cuando se fue olvidó sobre la mesa la cajeta de negro magma; yo la hurté con sigilo, la abrí y cogí yo también una

pella, me la puse detrás de los dientes de abajo, como él, pero no sabía qué hacer luego. Cuando se derritió y difundió en la afluyente saliva su sabor de mil demonios, vencí valientemente la compulsión de escupir y me la tragué. Aprendí la embriaguez atroz, pariente mayor del mareo y del vértigo. Aprendí la náusea.

Estos malestares comprometían el cuerpo todo. Lo hacían presente, imponían su presencia omnímoda sin dejar lugar para más nada. Todo el espacio se llenaba de su compleja arquitectura patente en sensaciones y emociones diversas que nadaban zozobrando en un medio acuoso dislocado, inestable, desequilibrado, como si fallaran apoyos de ordinario inadvertidos, como si se desataran coherencias cuya continua presencia ordenadora las hacía parecer inexistentes mientras no faltaran.

Eran malestares insoportables, pero no terrores y proscribían las palabras. Si algunas quedaban eran mariposas heridas aleteando en agonía, o pájaros derribados por certero tiro de fonda.

Además, yo podía inducirlos adrede, esos malestares.

Se me ocurrió que ya me era posible no sólo defenderme con éxito de las palabras espontáneamente liberadas, para lo cual me bastaban los recursos anteriormente descritos, sino también desafiar el sagrado terror de la locura buscando, como al principio, su umbral y hasta adentrarme poco a poco en él, a condición de situarme al borde mismo de los malestares insoportables. Se me ocurrió ceder al encanto de las palabras amadas, buscarlas, aceptar su llamado y salvarme *in extremis* mediante la invocación de mi propio cuerpo en su totalidad plena y zozobrante. La peligrosa exploración bien valdría los malestares.

Los procedimientos fueron fáciles de inventar: comenzaba a dar vueltas en torno al árbol a velocidad media mientras pronunciaba una palabra. Cuando se abría el umbral y comen-

zaba el sismo cósmico, yo aceleraba más y más hasta desprenderme del tronco y rodar por el suelo, invadido por mi corporeidad plena e inestable, sin orientación, vacío de sentido, de sinsentido y de palabras.

O me acostaba sobre el techo del alto, en el vértice de las aguas, mirando hacia abajo por la culata. Ante el vértigo, cerraba los ojos y procedía a mi exploración. Los abría para invocar el vértigo; los cerraba para invocar el terror. Del cuerpo al umbral; del umbral al cuerpo. En cierta ocasión dominó el umbral al vértigo o se alió con él —no sabría decirlo—; rodé por el techo, no hubo caída, que hubiera sido mortal, pero quedé colgado por las manos del extremo de la canal pataleando y gritando hasta que logré agarrarme del bajante y deslizarme hacia abajo con brazos y piernas mientras él se doblaba chirriando amenazador. Raspones, magulladuras, rasguños, los dedos en carne viva, susto superado, llegué al patio victorioso y feliz para recibir una tunda bienhechora. Desde entonces preferí el campanario donde era más fácil tomar precauciones, aunque le cogí una cierta desconfianza al vértigo, dudando un poco de su lealtad.

O bien me encerraba en el gran escritorio de la biblioteca, en el mueble de escribir. La gran tapa inclinada, con su pestaña para impedir la caída de papeles, lápices y plumas se levantaba para dar acceso a su interior obscuro y fresco. Ahí me metía yo agachadito y cerraba desde adentro. Me acostaba entre manuscritos, resmas de papel bond, secantes, reglas, frascos de tinta, sellos con su almohadilla, fajos de cartas, borradores de goma, un puñal, un revólver cargado. Me sosegaba con el olor a cedro, a caucho y barniz, con los roces metálicos, las rendijas de luz, las voces domésticas lejanas, el color ámbar sombrío del silencio. En la mano la cajeta de chimó, una pella en el dedo, musitaba la palabra escogida para la libertad. Cuando se le aflojaban los nudos de significado y se agitaba ya para el vuelo independiente, yo me ponía la pella

detrás de un colmillo. Con el atrevimiento cobarde de quien tiene asegurada la fuga, me adelantaba para enfrentar la experiencia deseada y temida. En ocasiones casi perdía el conocimiento; una vez me sacaron de esa guarida todo mocoso y lagrimoso, pegajoso de vómito y me decomisaron la cajeta.

Este nuevo juego me devolvió la confianza en mí mismo y aumentó mi amor propio. Si antes había inventado maneras de repeler los asedios inesperados, ahora estaba en condiciones de latirle al terror en su propia cueva sin que pudiera perseguirme hasta la región más transparente, porque yo no huía hacia ella sino hacia mi cuerpo en su malestar extraverbal, desde donde podía retornar a aquélla con relativa seguridad.

Pero no quedé satisfecho. En realidad no había progresado mucho. Estaba casi como al principio, sin contar los nuevos inconvenientes y sus consecuencias.

Por una parte, no había llegado más lejos que la primera vez; la misma infranqueable frontera me rechazaba desde mi propio interior; rebotaba yo en ella como una pelota. Sobre el sagrado terror de la locura no sabía más de lo que aprendí el primer día.

Por otra parte, me cercaban los problemas en la casa y en la escuela. Ya me recriminaban y me castigaban con dureza por mi conducta, vista desde afuera, a lo cual no terminaba de acostumbrarme aunque me beneficiaba parcialmente. Ya me interrogaban con insistencia cariñosa, a lo cual yo no respondía nada o respondía con mentiras y falsas promesas de enmienda. Ya se quejaban amargamente por mi culpa y expresaban temores angustiosos sobre mi futuro.

Además, me molestaba, ¿por qué no admitirlo?, la desaprobación de mis mayores en edad, saber y gobierno. Yo había merecido y disfrutado su elogio, ahora sufría su reproche.

Bien es cierto que algunos compañeros míos se portaban de manera parecida, no sé si por iguales razones. Cosa curiosa, nunca recurrí a la comunicación sobre este punto.

Me puse a pensar entonces que mi falta había estado en no cumplir mi propósito cuando la situación se agravó y volvió insegura la región más transparente. Yo me había propuesto entonces huir hacia las cosas mismas, salir del lenguaje, poder abandonarlo cuando fuera necesario para escapar o descansar de la amorosa lucha. En lugar de eso, yo había huido hacia mi propio cuerpo, esa cosa salvadora; pero ¿era el cuerpo mío realmente una cosa? ¿Sólo una cosa, una cosa misma?

Recuerdo mi imagen en el espejo grande del dormitorio de mis padres. Me recuerdo flaco, desgarbado, con una expresión de rebeldía y pugnacidad teñida de tristeza. Mientras escribo pienso que era el fin de la infancia.

Je

Mi cuerpo era yo, yo era mi cuerpo. Si mi cuerpo era cosa, yo era cosa. Pero si yo iba hacia mi cuerpo o lo invocaba por medio del dolor o el malestar inducido, alguna diferencia había entre mi cuerpo y yo, pues esas operaciones no serían necesarias ni posibles en la identidad. Yo estaba siempre poniendo cuidado a algo, a las clases, a las tareas, a los juegos, a los cuentos del otro, a las empanadas de topocho en la alacena; o nadaba en ensoñaciones; todo eso con palabras serviles en la región más transparente del habla donde también era transparente y servil mi cuerpo. A éste le ponía cuidado y no mucho, sólo cuando me bañaba, me peinaba y me vestía o cuando me cortaban las uñas. Éste, por su parte, me llamaba a sí sólo cuando se hería o se golpeaba o estaba enfermo, me llamaba por medio del dolor y el malestar. Yo había aprendido a hacer que me llamara poderosamente para hundirme en él, identificarme con él y huir así de las palabras.

Si bien me diferenciaba de mi propio cuerpo, comprendía que, en caso de ser cosa, era una cosa muy singular, muy cercana a mí, siempre ahí, indesligable tal vez, y en su más intensa presencia ajeno a las palabras. Yo podía liberarlo adrede de su transparente servidumbre y volverlo opaco, tal como había hecho con las palabras, pero mientras éstas mantenían su diferencia conmigo y la acentuaban, aquél me absorbía completamente como si me reintegrara a su ser, como si yo fuera algo muy suyo, algo en él, ilusoriamente separado.

Sus conmociones violentas me salvaban, pero me turbaban, conturbaban mi vida familiar y perturbaban mis estudios. ¿Qué tal si, como había sido mi propósito inicial, yo fuera hacia las cosas mismas, hacia las otras, que por no estar ligadas a mí de manera tan íntima podrían tal vez acogerme esporádicamente en su orfandad sin disturbarme? Me consagré a este propósito.

Relación con las cosas tenía yo todo el tiempo, relación con frecuencia cariñosa debido sobre todo a los nombres. Eran cosas domesticadas por la palabra y fuera de ésta —creía yo— sólo podían llevar una existencia mezquina y huérfana, cercana a la nada. Ahora, paradójicamente, se me ocurrió que podía haber cosas no verbalizadas y renuentes a la palabra. Mas pensé que tal vez las cosas ya atrapadas en la red del lenguaje conservaban un lado salvaje, rebelde. ¿Habría también cosas cimarronas, resabiadas por una cautividad pretérita, merodeando por ahí y resistiendo mañosamente bautismo y clasificación? Extremando, ¿podía ser que la red sutil del lenguaje no hubiera atrapado en realidad a ninguna, sino constituido un tejido ilusorio que parecía contenerlas al reflejarlas especularmente?

No me pareció que yo percibiera y manipulara objetos puramente verbales, pero sí me pareció que el aspecto y orden de las cosas muy bien pudiera provenir en gran parte del lenguaje, quedando su verdadero ser enmascarado y por lo

tanto salvaje. Su verdadero ser, ¿tendría un ser propio no conquistado por el lenguaje?

Decidí pasar a la acción. Había liberado palabras de su amarre a las cosas. Intentaría ahora liberar cosas de su ligazón a las palabras. Trataría de romper la barrera verbal y pasar al reino de las cosas mismas.

Relación cariñosa tenía yo con una magnolia plantada en el medio del huerto. Amaba el verde casi noche y siempre fresco de sus hojas lustrosas. Amaba ésas sus flores grandes como palomas que tenían la blancura y la majestad del sol naciente pero no encandilaban, y la suave ternura sin rechazo del brazo de la madre.

Amaba las bifurcaciones de su cuerpo y las ásperas curvas de su corteza recorrida por hormigas. Hubiera querido para mí una casa con forma de magnolia donde fuera posible perderse y reencontrarse muchas veces sin llegar jamás a conocerla del todo, como ocurría sin duda a las hormigas.

Me abracé a su tronco como en otras ocasiones, pero esta vez para liberarla y liberarme de las palabras. Con los ojos cerrados le fui arrancando nombres: magnolia, árbol, hoja, ramas, raíz, corteza, flor... arranqué alta, frondosa, sombría, acogedora, fuerte, bella, querida... arranqué en el medio del huerto, en el patio de la casa, sobre el suelo, bajo el altísimo cielo. Quedamos solos ella y yo, mi corazón cerca de su savia. Quité corazón y savia. Quité ella y yo. Entonces una corriente extraña me arrastró hacia no sé dónde mientras me iba perdiendo y olvidando. Quité corriente extraña, quité arrastrar, perderse, olvidar, saber, quité dónde.

De repente me encontré gritando lejos de la magnolia, tembloroso, palpitante, convulso como un colibrí atrapado. Había tropezado con una cerca de alambre de púas. La frente me sangraba.

Fue así como conocí el sagrado terror de la muerte. Terror de la desaparición, de la inconsciencia definitiva, de no

ser nadie más nunca para siempre jamás. Evidentemente mi propio cuerpo me había rescatado por espontánea iniciativa.

Mientras me atendían cariñosamente y me cuidaban curándome, me interrogaban. Dudé entre decir que había visto un espanto y explicar que me había caído de un árbol. Lo primero hubiera prolongado el interrogatorio. Lo segundo hubiera resultado increíble dada mi reconocida y admirada excelencia como trepador. Dije de pronto sin pensarlo: Vi una culebra en la magnolia y me asusté. La estuvieron buscando en vano toda la tarde.

El resto del día estuve tranquilo y contento. Tenía la sensación de haber descubierto algo inmenso y maravilloso, a pesar del sagrado terror de la muerte (no sé de dónde saqué ese nombre ni el del otro). ¿O era que me había gustado? El único refugio seguro —comencé a pensar resignado— estaba en las conmociones violentas y en los grandes malestares de mi cuerpo; pero tenía la vaga impresión de no haber comprendido algo en la experiencia, algo muy importante. El resto del día ninguna palabra se liberó, ni yo me sentí inclinado a intentar nada nuevo. Cuando me estaba quedando dormido comprendí: terror aparte, la experiencia me era de alguna manera familiar. En efecto, cuando me dormía las palabras perdían fuerzas, decaían, flotaban, me arrullaban, se iban y yo me hundía en el sueño. A veces tenía sueños y pesadillas con palabras; pero también dormía muchas veces sin sueños, desaparecía hasta que me despertaban o despertaba yo solo. Durante el sueño mi cuerpo no debía diferenciarse mucho de las cosas mismas. Yo lo que había hecho era dormirme voluntariamente pasando así la barrera de las palabras a propósito. Pero entonces, si la experiencia me era requetefamiliar, ¿por qué el terror? No. La pregunta cambió de inmediato: ¿Cómo era posible que pudiera quedarme dormido todas las noches sin temor? Una súbita inquietud me hizo sentarme. Dormirse era como morir y, ¿qué garantía tenía de despertar?

Se me enredó todo y aguanté el sueño. Perplejo, en la obscuridad, traté de comprender. Cuando yo me dormía, ¿era el cuerpo que me borraba dulcemente para descansar en el reino de las cosas mismas? ¿Sufría él la tiranía de las palabras y mi propia tiranía? Si así era, ¿por qué me reconstituía cada mañana? Parecía necesitarme; cuando yo pasé la barrera por mí mismo fue él quien me rescató, ¿era también suyo el terror sagrado de la muerte?

Oía los ruidos familiares de la noche y cavilaba. ¿La noche devoraba todas las cosas nombradas y organizadas por el verbo hasta que el alba les restituía su significación? Recordé la magnolia y la imaginé fuerte, poderosa, bailando al viento esa pequeña danza suya tan parecida a la danza de las cobras. Me pareció ver una culebra ciega enroscada en su tronco mientras el sueño me borraba.

Waw

Desperté aliviado, tranquilo y despejado. Comprendía todo. El sueño es pariente de la muerte porque ambos llevan al reino de las cosas mismas; pero el viaje del primero es transitorio y periódico bajo la protección del cuerpo que me borra en la noche y me vuelve a constituir en la mañana, sin terror. La segunda, en cambio, es un viaje sin retorno que me horroriza. Me horrorizaba aun cuando la pensara como un viaje más largo con retorno lejano en otro cuerpo.

Quise hacer un tercer tipo de viaje que fuera como el sueño, pero sin dejarme borrar. Si lo lograba, podría deleitarme con las palabras en la seguridad de huir en el momento de supremo peligro sin conmocionar mi cuerpo y sin morir. También sin quedarme dormido, pues no era solución ponerme a dormir en clase o en la calle o mientras estaba comiendo o nadando.

Ese día hice todo esperando la noche. Cuando todos se retiraron a sus dormitorios y se sosegó la casa, salí sin ser notado.

La noche era tibia y estrellada. Me acosté en el suelo del patio, en el espacio sin árboles que rodeaba la magnolia, boca arriba, con las piernas cruzadas y las dos manos detrás de la cabeza. Mi propósito era dormirme sin dormirme hasta dominar ese arte y poder practicarlo a voluntad en cualquier momento y en cualquier sitio durante breves instantes, lo suficiente para despistar el sagrado terror de la locura sin perturbar mi cuerpo y mis asuntos.

Vencí un vago temor a la culebra inventada el día anterior. Contemplé el enjambre sin cuenta de las estrellas olvidando sus nombres y pensando que pertenecían al reino de las cosas mismas. Escuché los ruidos de la noche como murmullos de las cosas mismas, sin significado. Sentí mi respiración y el palpitar de mi corazón como movimientos de una cosa en sí misma. Cerré los ojos y sentí el letargo del sueño, pero estaba despierto. Era cuestión de lograr ese letargo a voluntad practicando.

En la madrugada me llamaron los gallos. Me levanté todo húmedo de rocío, tiritando, con el tiempo justo para regresar a mi cuarto sin ser descubierto. El experimento había sido un fracaso; terminó en un resfrío. Pero había sido un primer ejercicio.

Durante los días que siguieron, aumentó mi interés por las cosas. Las observaba cariñosamente. Comencé a creer que guardaban un secreto en su mudez, que ocultaban una dulzura y una mansedumbre en su docilidad, que se escondían.

El experimento me pareció no sólo un fracaso sino una tontería, ¿qué necesidad tenía yo de esperar la noche y salir al patio para hacerlo? Pero yo había tenido dos razones aunque no las hubiera pensado con claridad: por una parte, quería que me auxiliara la necesidad de dormir; por la otra, creía que si no era en mi cama no me dormiría.

Decidí repetirlo sin urgencia de sueño en un lugar protegido. El lunes siguiente en la mañana salí para la escuela, pero

me desvié y me fui para el río. Me instalé en un lugar abrigado al lado de la serpenteante corriente y comencé mi ejercicio.

Con la espalda apoyada en un árbol me puse bobo, lelo, buscando el letargo, y lo logré auxiliado por la quietud del lugar y la monotonía de los ruidos. Entonces comencé a soñar despierto. Se rompió la separación entre mi cuerpo y el árbol, entre mi cuerpo y el suelo, entre mi cuerpo y el aire. Todo el mundo era un solo cuerpo, todo estaba unido. Y de la misma manera que yo podía desplazar mi atención, y la desplazaba hacia los pies cuando me apretaban los zapatos, o hacia un diente cuando me dolía, o hacia el estómago cuando tenía hambre, así también podía ahora desplazarla hacia las raíces del árbol, hacia las lejanas montañas o hacia el río que serpenteaba allí cerca. Dejé de percibir las cosas con los sentidos. Las vivía desde dentro de ellas mismas. Me desplacé hacia el río, remonté su corriente sin esfuerzo hasta las remotas y altas cabeceras, remonté la lluvia, que allí caía, hasta las nubes, llegué en viaje horizontal a un punto del cielo desde donde era posible sentir la inmensidad amplia y profunda del mar, bajé por el vapor de agua que ascendía, busqué la desembocadura en delta de un gran río, la remonté, después remonté uno de sus afluentes y en éste escogí el que venía de mi pueblo, remonté sus meandros hasta el sitio de donde había partido. No me equivocaba ni me perdía de la misma manera en que no me extraviaba cuando desplazaba mi atención de la ingle hasta la axila en mi propio cuerpo. Además, todo me resultaba familiar.

La diferencia entre ese cuerpo ampliado que incluía todas las cosas y el cuerpo propio era la siguiente: a éste lo movía yo a voluntad en cuanto actuaba, mientras que en aquél todo se hacía espontáneamente, como en el mío la digestión, la circulación, la respiración. En aquél no había esfínteres que controlar, ni peligros que evitar, ni entrenamientos que practicar, ni libros que estudiar. Mi atención era libre para pasearse por todas partes todo el tiempo.

Me incorporé y me levanté cuando sonaron las doce en el campanario de la iglesia, como si alguien vigilara mi viaje y me llamara en el momento justo. Estaba un poco entumecido, tuve la sensación de arrancarme de la tierra como a una lechuga. Corrí hacia la casa con mi bulto escolar y llegué como de costumbre para el almuerzo.

El exceso y la desmesura han sido destino en mi vida: por la tarde me jubilé también, y lo mismo hice los días siguientes para repetir la experiencia, contando con la complicidad no negociada y tácita de mis hermanos y compañeros. Era costumbre solidaria decir en la escuela que el ausente tenía gripe y si era por varios días, lechina o sarampión. Pero yo abusé con absurda imprudencia. Era claro que una mentira así sólo podía mantenerse por muy poco tiempo.

Fueron días muy felices. Exploré la intrincada espesura de la vegetación, escuché las risas de las flores silvestres al lado del camino, entré en el mundo de un grano de polen tan inmenso como el mundo todo, y en el mundo entré no menos maravilloso de un grano de arena, fui al sol y a las estrellas; me confundí con la brisa y sentí los arañazos del espinito que en la sabana florea.

Las cosas se devoraban las unas a las otras sin crueldad. Nacían y morían sin dolor; como en mi cuerpo, así en el gran cuerpo animal del mundo.

Encontré también cosas totalmente desconocidas para mí que por su forma me sugerían nombres como umbilia, cansalcania, abistirio, prelugo, bótroma. Paseaba una vez entre incontables bimbolenias cuando la palabra bimbolenia comenzó a ronronear musicalmente formando un bello remolino sonoro que me encantaba y hechizaba. Me había tomado por sorpresa. Cuando se abrió ante mí el umbral fatídico apenas tuve tiempo de incorporarme y lanzarme de cabeza en el río, vestido y todo con el bulto a la espalda.

Esto ocurrió el sábado de esa semana memorable. Cuando al fin salí del río donde había buceado varias veces hasta tener que tragar agua, era cerca del mediodía. Mientras caminaba hacia la casa todo empapado, con los libros y cuadernos hechos una lástima, estaba menos preocupado por los problemas inminentes que por el significado de la última experiencia.

ZÁYIN

ANTES DE ENTRAR a la casa me detuve: había visita. Era el maestro, mi maestro de escuela. Estaban hablando de mí. «Es un muchacho muy imaginativo: las clases de ciencias y de letras lo han impresionado mucho. Lo de jubilarse es normal, todos lo hacen alguna vez, pero una semana entera es demasiado». Alguien me había delatado, seguramente bajo presión: «Las malas juntas, los peligros naturales; y a esos muchachos, tan disposicioneros que son a esa edad, puede ocurrírseles comer plantas venenosas o adentrarse en el monte y perderse, les toca a los padres estar atentos y poner freno. Hay que proceder con firmeza y sabiduría, podría hasta irse de la casa y del pueblo; hace dos años, por ejemplo...». En ese momento estornudé, tuve que entrar, hice una reverencia tímida. Me bañé en el río porque hacía mucho calor, dije estúpidamente. El maestro agitó la cabeza mientras tamborileaba el brazo de la silla con los dedos. En la mirada de mi padre había severidad, reproche, ira, inquietud. Lágrimas, consternación

y alivio en los ojos de mi madre; me llevó de inmediato a la sala de baño, me ayudó a desnudarme y a secarme, me friccionó con alcohol, me vistió de limpio, examinó el bulto con desmayo y resignación.

Esa vez no me castigaron, pero me dieron un regaño aconsejado de esos que parecen no terminar nunca. Con la cabeza baja yo oía por fragmentos, sin responder nada, ni aun cuando me interrogaban. Mientras, pensaba en las experiencias de la semana terminadas así con chapuzón, resfrío y regaño.

También los sueños pertenecen al verbo. No sólo los sueños de cada noche recordados o no. También los sueños de ese sueño despierto, sea real o imaginario lo que muestran. Seducido por lo novedoso de la experiencia de romper la separación entre mi cuerpo y las demás cosas; seducido por los intentos de los últimos días para ampliar mi atención y estar presente en todo el mundo simultáneamente, ya para qué contarlos; seducido por las peripecias de ese viaje, yo había olvidado mi meta. Mi meta era abandonar el verbo.

Ahora lo veía claro: todo mundo real o imaginario tiene por fuerza la misma contextura que la región más transparente. Cosas ligadas a nombres. Todo lo que había visto en el viaje o bien tenía ya nombre o bien yo podía ponérselo siendo yo mismo portador y ejecutor del verbo. Es más: aunque ninguna de esas cosas tuviera nombre era nombrable, tenía una cierta individualidad definida y estaba relacionada con las demás de manera extrañamente parecida a las partes de la oración tal como las había explicado el maestro: sustantivo, artículo, adjetivo, verbo, preposición, conjunción, sujeto, predicado, género, número, caso, tiempo, persona, voz, modo. Las cosas se comportan como un lenguaje tácito con una gramática tácita. El mundo tiene la estructura de un discurso. Cualquier mundo, pues siempre habría individuos y relaciones, como en el lenguaje. De no haber pluralidad y conexiones no habría mundo. Nuestro lenguaje, se diría, reproduce y vocaliza en su seno el

lenguaje de las cosas mismas. Aunque no lo logre del todo, está siempre en eso. Las cosas mismas son parientes íntimos del lenguaje aunque el acercamiento de ambos no se ajuste plenamente nunca. La región más transparente es un lugar de acoplamiento válido para nuestra vida, es un territorio conquistado, habitable, es la casa del hombre. El verbo tiende a encontrarse con el lenguaje tácito de las cosas para extender, si es posible, hasta el límite último, la región más transparente.

Yo no había abandonado el lenguaje ni podría abandonarlo por esa vía. Más bien contribuía forzosamente a ampliar la conexión de los dos niveles verbales, el expreso y el tácito. Sin embargo, el haber roto transitoriamente la separación entre mi propio cuerpo y el resto de las cosas aumentó mi interés y mi estimación por ese reino que antes despreciara. Dejé de matar pájaros con fonda, hice el mejor herbario de la clase, gané un premio por una colección de dibujos de esqueletos de animales, aprendí a hacer mapas, llené mi cuarto de piedras de todo tipo. Cogí fama de tener vocación y talento para las ciencias naturales.

El sentido que todo eso tenía para mí era distinto: disfrutaba la cercanía de las palabras entretenidas, afanadas en llegar al verbo tácito de las cosas, saliendo de la región más transparente, pero hacia las cosas, no hacia el umbral.

Mientras buscaba la manera de poder abandonar el lenguaje, se me ocurrió emprender una aventura muy audaz, inspirada en el disfrute de acompañar las palabras cuando se afanaban en conquistar las cosas exteriores a la región más transparente.

La aventura: domar las palabras libres. Me gustaban libres, no al servicio de las cosas, pero no podía soportar que me llevaran al terror. ¿Qué tal si pudiera liberarlas de las cosas y cabalgarlas según mi voluntad?

Digo cabalgarlas pensando en la doma de caballos que tantas veces había observado con apasionamiento; pero está claro que no las sentía como caballos del llano ni como pegasos.

Lo que me interesaba era mantener su presencia maravillosa y hasta acercarme con ellas al umbral, pero graduando yo la velocidad y manteniendo la posibilidad de frenarlas en el punto escogido por mí y hacerlas regresar a la región más transparente cuando yo quisiera.

Dos descubrimientos de inmensa importancia me animaron a emprender la doma. El primero lo hice observando su afán. El segundo, observando el resultado de su afán. Descubrí dos debilidades de las palabras.

Primera debilidad: las palabras son atraídas irresistiblemente por las cosas, se entregan a las cosas. Excepto cuando yo las liberaba, estaban siempre entregadas a las cosas. Llegué a preguntarme si eran conquistadoras o conquistadas.

Bastaba que yo encontrara una cosa rara, sin nombre, para que vinieran en tropel a intentar asirla. Recogía yo algo del suelo; acudían de inmediato piedrita, pedrusco, guijarro, canto, laja; sí, pero verde, brillante, parejo; piedra preciosa, cristal, joya, aguamarina, gema; sí, pero con un agujero que la atraviesa; amuleto, adorno, fetiche; sí, pero áspero de un lado como separado por quiebre de una cosa más grande, pedazo de... pedazo de... me lo guardaba en el bolsillo y ellas quedaban por ahí revoloteando como abejas, girando y tornando su dulce zumbido de miel.

En las ciencias naturales, las palabras estaban organizadas como un ejército romano, avanzaban en orden estricto hacia las cosas para asirlas de manera exhaustiva, no en tropel como las que todos sabíamos. Me impresionaba y maravillaba ese ejército en formación de batalla destinado al imperio universal del verbo explícito sobre las cosas. Me complacía la proximidad de esas bellas en campaña, bien atadas a su jerarquía de mando y a su tarea, a sus responsabilidades precisas. Pero la sistemática no era mi juego; mi juego era la doma y decidí comenzarlo con las palabras militarizadas de las ciencias naturales.

Un incidente no totalmente inesperado anticipó el comienzo de mi aventura. Mientras memorizaba un gran cuadro clasificatorio, la palabra fanerógama arrojó sus armas —en todo ejército hay desertores— y se puso a danzar y a cantar. La dejé hacer con deleite hasta que todo mi mundo comenzó a vibrar peligrosamente, a punto de reventar. Entonces pregunté con énfasis autoritario, ¿la magnolia es fanerógama? Fanerógama regresó a su puesto y se ajustó dócilmente al esquema.

Me envalentoné. Puse en libertad con alegría la palabra metamórfica. Bailé con ella. Cuando se acercó musicalmente a la catástrofe, agarré, con mano temblorosa, la primera piedra a mi alcance en mi colección, sin verla, y pregunté severamente, como el maestro en los exámenes, ¿es esto una roca metamórfica? Metamórfica se enfrió y regresó a su sitio.

Experimenté con palabras corrientes. No obedecían. Rosal no regresó a pesar de que yo estaba al lado del rosal. Tuve que herirme las manos con espinas. Sospeché que los naturalistas se apegan a sus términos militarizados como generales que sólo en guerra están seguros de sí mismos. Yo no quería encerrarme en esa bella guerra. Quería inventar métodos de doma aplicables también a las palabras díscolas del habla cotidiana.

Me quedó sin embargo el goce de atraer y entretener enjambres de palabras, científicas, o corrientes, en torno a cosas extrañas, marginales, anónimas, irregulares, fragmentarias.

JET

SEGUNDA DEBILIDAD de las palabras: no logran asir ninguna cosa en particular. Se detienen en vuelo, cual colibrí, tocan y se van hacia otra.

Este descubrimiento lo hice mirando la magnolia. Magnolia era el nombre de este árbol que estaba en medio del jardín. Pero magnolia era también el nombre de otros árboles que estaban en otros jardines. Yo podía decir: esta magnolia que está aquí delante de mí en medio del jardín de mi casa; pero otro muchacho podía decir las mismas palabras frente a otra magnolia en otro jardín de otro patio. Nada las ligaba a este árbol en particular.

Además, si yo inventaba un nombre propio exclusivo para esta magnolia —como lo inventé en efecto: liguria—, nada impedía que pudiera ser aplicado, o hubiera sido ya inventado y aplicado a otro objeto.

Todas las magnolias tienen en común la especie. El nombre toca la especie; pero no toca a este árbol aquí en lo que tiene de particular. Si uso otras palabras para calificarlo,

determinarlo, ubicarlo, tampoco esas palabras le corresponden exclusivamente; son colibríes de beso fugaz.

Dijo una vez una bruja que vivía a la salida de la aldea: «Se puede quemar una magnolia, pero no su esencia; la magnolia es mortal pero su esencia es inmortal; por eso se puede hacer otra magnolia con las cenizas de la quemada». Comprendí: la palabra besa lo inmortal de la magnolia.

Ahora bien, si yo pudiera ponerme del lado de las cosas mismas en cuanto destructibles, entonces podría ver las palabras y esas esencias de verbo tácito que la llama respeta. Podría verlas en seguridad, como a los toros desde el otro lado de la cerca, como a la tempestad desde la ventana. Es más, podría provocarlas y desafiarlas para verlas y oírlas desde muy cerca y de frente como a los perros del vecino a través de la reja cerrada. Más aún, tendría un refugio y un cuartel estratégico para las operaciones de doma.

Pero ¿cómo pasar esa frontera? De alguna manera ya la tenía pasada siempre. Estaba entre las cosas mismas dondequiera. Estar en el mundo es estar entre las cosas mismas. Estar en el mundo es saberse rodeado, penetrado, capturado por las cosas. Pero está también la presencia simultánea de las palabras que nos entreteje a su universo de colibríes. Tan pronto como digo: estoy aquí en el jardín, eso es una magnolia, la vivencia inmediata se ubica en un ámbito diferente a ella, un ámbito de contextura verbal que presupone todas las relaciones indicadas en el lenguaje, un ámbito que es el mundo de la palabra. Quedarse a solas con aquello que el fuego puede consumir, ¿significa acaso abandonar el mundo? No. Se me imponía la existencia de algo no verbal, inaccesible a las palabras, impasible a su pico.

Decidí repetir la primera experiencia con la magnolia para explorar su terror. Tal vez no había procedido bien. Ahora comprendía mucho mejor.

Un domingo en la tarde, cuando todos salieron de visita para asistir a una fiesta de cumpleaños, yo me quedé solo

en la casa pretextando tener mucho que estudiar. Mantuve lo del abrazo al tronco. No pude evitar una vaga sensación de culebra presente; yo quizás culebra; o la magnolia, una culebra cabeza bigotuda metida en la tierra y cuerpo de múltiples bifurcaciones aladas, hojadas en el cielo. Sentí su mínima danza de cobra o la mía o la de ambos.

Con valiente decisión, con ánimo de explorador y pionero, quité todas esas palabras y llegué al verbo tácito —tan afín a las palabras—, a la esencia incombustible que constituía y conformaba esta magnolia aquí entre mis brazos. Se trataba ahora de soltar también esa esencia, la especie, y quedar a solas con la presencia individual, particular, perecedera, inflamable de esto aquí. Con súbito chasquido, esto aquí, al quedar liberado, era cualquier esto aquí y luego se dispersaba en algo tenebroso, difuso, sin límites, sin forma para pasar después a algo abisal que ya no era algo, donde yo caía sin caer, en total desorientación mientras disminuía, perdía consistencia, desaparecía. Desde lo profundo clamé: magnolia, madre, liguria, magmadre, madrolia.

Respondió liguria. Nunca fue palabra alguna más hermosa. Nunca será ninguna más querida. Rotando en gloria y majestad, pequeño huracán centrípeto, me arrastró con bienvenida gravitación, atravesó fulgurante la región del verbo tácito, pasó destellante sobre la región más transparente sin detenerse, y desastre, siguió vuelo giratorio incontenible, hacia el umbral de la locura. Yo era horror puro. Pero cuando estalló en relámpago, me rechazó violentamente en dirección al abismo donde me había salvado. Me detuvieron las redes tácitas de la magnolia, débiles redes que yo mismo había desatado. Me agarré a sus hilos, flores grandes como palomas, el verde casi noche de sus hojas lustrosas, las ásperas bifurcaciones de su cuerpo, la mínima danza de cobra erguida.

A todas éstas yo no había encontrado mi cuerpo. Cuando lo encontré tenía sangre en los labios y en las uñas

quebradas. Después, mis asuntos anduvieron de mal en peor. Sentí que había retrocedido. En cuanto a la doma perdí todo optimismo. Bien es cierto que me di cuenta claramente de una tercera debilidad de las palabras, debilidad patente todo el tiempo pero inadvertida por mí de manera explícita como debilidad: las palabras no soportan estar en libertad, regresan casi de inmediato a... su origen, pensé, a su fuente, a eso que para mí significaba terror sagrado. Sin embargo, ¿cómo podía yo aprovechar esa debilidad en la doma? Más bien representaba un obstáculo.

Por otra parte, un nuevo problema de grandes proporciones había aparecido. Diré cómo.

Me interesé más por las cosas y más amorosamente que antes prestando mucha atención a la cosa individual, destructible sin separarla de su esencia. Decía: eso es una mariposa, pero ponía el énfasis en eso y no en mariposa, me gustaba cada vez más eso particular efímero.

Lamentablemente la cosa particular acentuada en su individualidad y amada comenzó a mostrar una fuerte tendencia a separarse de su verbo tácito, a deshacerse y formar un hueco. Por él me halaba una fuerte corriente hacia esa exterioridad obscura donde habita el sagrado terror de la muerte, y yo —debo decirlo de una vez— me sentía intrigado y atraído por el sagrado terror de la locura hasta el punto de querer explorarlo si bien en seguridad, mientras que el de la muerte no me atraía en forma alguna; lo repudiaba y abominaba con todo mi ser.

Cuando me acercaba cariñosamente, por ejemplo, a una piedra de mi colección y la trataba de quien a quien en su presencia singular, podía ocurrir que abandonara todas sus características para limitarse a estar allí, lo cual era bello, y luego se dispersara en ilimitada tiniebla, lo cual era horrible. Yo tenía entonces que recurrir al verbo tácito que la sostenía y, paradójicamente, a todas las palabras que pudieran llamar-

la, piedra feldespato, mica, dureza, filosa, de mucho valor, le gustó al maestro, muy abundante en el Brasil, se usaba en la prehistoria para hacer hachas... corriendo el peligro de que alguna de esas palabras se liberara a su vez y me pusiera entre dos fuegos.

Mi entusiasmo de domador se encendió de nuevo durante esos días, pero con llama de hojarasca. ¿Qué tal si yo satisficiera mi amor por la palabra libre, mientras liberaba también una cosa?, ¿no ocurriría entonces que la palabra y la cosa, libres ambas, se enfrentarían la una a la otra y me dejarían a mí también libre para contemplar ese soberbio espectáculo?

Pero por más que lo intenté, no pude liberarlas simultáneamente y, cuando una vez ocurrió por casualidad, me vi en el paroxismo de la angustia acosado al mismo tiempo por los dos terrores sagrados, sin otro refugio que el dolor de mi cuerpo y sus grandes malestares inducidos con precipitación.

Definitivamente, estaba enredado y confundido. A veces me decía que todo tenía su origen en la imbecilidad y la cobardía de mis afectos, porque amaba las palabras pero no con locura y llegué a amar las cosas, más allá de su esencia, pero no hasta la muerte.

Tet

En el seno de la región más transparente conocí el súbito relámpago que aniquila la noche por instantes y, contando los segundos, esperé el trueno, rugido tardío de la tiniebla vulnerada. Conocí la permanencia tranquila de las aguas del río, siempre las mismas, y su murmullo múltiple. Conocí los devaneos de la tarde y las indecisiones de la mañana. La furia silenciosa del mediodía. Los secreteos de la lluvia. El viento veranero, irrespetuoso y pertinaz como si sus aromáticos regalos pudieran justificar cualquier desafuero. El orden descuidado de las aves migratorias. Conocí la feria de los verbos, las timideces del azul, el misterio rosado. Me maravillaba ante esas cosas, me inclinaba hacia ellas, quería tener intimidad con ellas. Pero supe que albergaban la muerte; cada una podía convertirse en hoyo negro por donde me halaría la tiniebla exterior que yo repudiaba con todo mi ser.

¿Y quién me defendía en última instancia cuando, seducido por su belleza o buscándolas como refugio, me acercaba

tanto a alguna de ellas que tocaba su escondido terror? Sólo mi propio cuerpo con su dolor y sus grandes malestares.

Pero más que las cosas me interesaron siempre las palabras. Superaban en todo a las cosas. Eran afiladas, duras y resplandecientes más que navaja de afeitar o cuchillo de sacrificio. Otras encerraban el estruendo del mar. Anoté en mi cartera una que podía paralizar de miedo la embestida del toro. Las había nacaradas y pizpiretas, como nubes de aurora. Conocí una que hacía superfluos los rosales y otra que ponía leche y miel bajo la lengua. Nada, ni siquiera el aleteo de una mariposa herida, era más impotente que la palabra escrita en la última página de mi cuaderno de zoología. Recuerdo un nombre que pasmaba los claveles. Olvidé a una tía muy querida pero no su apodo. Podía hundirme en adjetivos más mullidos que la mullida hierba. Además de todo esto, creaban ámbitos sin paralelo, sin referencia alguna en el mundo de las cosas. Me maravillaba ante esas palabras, me inclinaba hacia ellas, quería tener intimidad con ellas; pero supe que conducían a la locura; cada una, al liberarse de su significado, volaba rauda hacia un umbral encantador que me atraía y rechazaba con pavorosa violencia.

¿Y quién me defendía en última instancia cuando yo, seducido por su belleza como si hubiera nacido para amarlas, me apegaba tanto a alguna de ellas que volaba yo también hacia su origen fulgurante? Sólo mi propio cuerpo con su dolor y sus grandes malestares.

Y allí estaba mi cuerpo, la guarimba como se llama el santuario de refugio en ciertos juegos de persecución. Cualquiera podía decir: esto es mi cuerpo, refiriéndose a otro cuerpo en otro lugar. La palabra no lo apresaba, es cierto, sólo lo indicaba con beso de colibrí, pero mi intención no se equivocaba ni dejaba sitio a la menor duda. Allí estaba mi cuerpo, mi santuario, y mi intención lo nombraba no en lo que tenía de especie, común con los demás cuerpos humanos,

ni en lo que tenía de esa materia inestable, huidiza, capaz de dispersarse y desaparecer en la tiniebla indiferenciada de afuera. Lo nombraba como mi cuerpo allí, particular, distinto de todos los demás. Había sin duda una esencia individual de cada cosa; en todo caso había una esencia individual de mi cuerpo. ¿Se referiría la bruja a esa esencia individual y no a la especie?

Mientras los demás enseñaban juegos a un niño más pequeño, yo me quedé quieto con mi cuerpo tratando de sentirlo, de estar en él en paz, no sólo en dolor y malestar como hasta entonces. Me acosté en él, para decirlo de alguna manera, como en una hamaca. Sentí los pies apretados en los zapatos nuevos, la presión de la media por debajo de la rodilla; sentí la correa de los pantalones cortos, el cierre de la camisa de algodón en torno al cuello. Sentí la respiración como un pequeño frío intermitente en las fosas nasales; sentí el palpitar del corazón como a un leñador paciente que corta un tronco con su hacha. Tragué saliva para sentir la garganta, me acaricié una mano con la otra y levanté los hombros para sentir los brazos y la espalda. Traté de estar con su esencia individual sin referencia a la especie ni a la materia, sin palabras. Tal vez podría refugiarme en él siempre de esa manera pacífica. Traté de estar presente en su presencia, ser con él una sola presencia.

Pero entonces, de súbito, él se me volvió extraño, ajeno, inhóspito, y tan distante y tan distinto de mí como la Sierra Nevada, más aún, como perteneciente a un mundo en total y en absoluto diferente a mí. Su esencia individual, tan estimada, tan esperanzadora al comienzo de esta experiencia, se alejó como un fantasma impasible a mí, inaccesible, y me dejó solo, confrontado con un terror tercero para el cual yo no tenía guarimba: el terror de mí mismo.

Yo estaba allí, sin apoyo, sin sentido, sin explicación, sin razón de ser y no podía gritar para pedir ayuda, porque quien sabía gritar era el cuerpo.

Recuerdo que alguien dijo señalándome con el dedo: Miren, se quedó lelo, se quedó lelo, pero nadie le hizo caso; todos pendientes del diálogo con el niño más pequeño. Me apegué al requeteconocido diálogo que sólo puede tenerse con niños más pequeños que nunca han jugado antes ese juego:

—¿Quieres que te cuente el cuento del gallo pelón?

—Sí.

—No es que sí. Es que si quieres que te cuente el cuento del gallo pelón.

—Sí quiero.

—No es que sí quiero. Es que si quieres que te cuente el cuento del gallo pelón.

—Entonces no me lo cuentes, no quiero.

— No es que entonces no me lo cuentes, no quiero. Es que si quieres que te cuente el cuento del gallo pelón.

Suele continuarse el diálogo hasta que el niño pequeño encuentra una manera de detener el interrogatorio o llora.

Desde el terror tercero gravité, pues, hacia ese diálogo y me apegué a él. A través del oír y de la comprensión del oído, recuperé el cuerpo, la estabilidad, la paz. Efectivamente, no es nada de lo que puedas responder, es que si quieres que te cuente el cuento del gallo pelón. Yo había descubierto un gran secreto, tenía una clave. Me levanté contento como quien tiene en el bolsillo caramelos robados; me sentí cómodo en mi cuerpo, me estiré bostezando como los que se despiertan de un sueño apacible y propuse jugar el juego de la candelilla.

La niña que me había señalado con el dedo diciendo: Miren, se quedó lelo, se quedó lelo —entonces la reconocí—, me preguntó: ¿Por qué te quedaste lelo? ¿Qué te pasó? Nada, respondí con ambigüedad. Nada me pasó.

IOD

SIEMPRE TENGO que aprender con muchos esfuerzos y muchas penalidades lo que ya sé. El saber es como la luz de la lámpara de querosén que alumbra poco cuando la mecha es corta. Hay que sacar la mecha, lo cual es siempre engorroso y a veces se quema uno los dedos, porque se le ocurre hacerlo cuando ya es de noche, necesita luz y ya ha prendido su lámpara.

Yo lo sabía ya, sin darme cuenta y había hecho el papel de tonto.

Una palabra sola, cuando es liberada de su significado, no puede sostenerse y vuela rauda hacia su origen; pero una frase sí se sostiene porque tiene sentido en sí misma, aunque ese sentido no se conecte con nada que se quiera decir. No es que nada; es que si quieres que te cuente el cuento del gallo pelón. La frase a su vez se encuentra siempre ligada a un discurso posible y todos los discursos posibles calzan en el juego de la lengua, juego de sentido propio, independiente de todos los significados.

El lenguaje logra la región más transparente (P. Cantín)

Una cosa sola, cuando se separa de las demás, no puede sostenerse y se esfuma en la tiniebla exterior; pero un conjunto de cosas sí se sostiene porque está ligado a un discurso que se conecta a su vez con el verbo-tácito-del-mundo que le da sentido.

En la región más transparente, el verbo explícito usado por el hombre y el verbo tácito del mundo llegan a un encuentro y a un compromiso. Es el ámbito donde pueden desplegarse las necesidades, los deseos y los intereses del hombre que pertenece él mismo a los dos verbos y los concilia, siempre de manera precaria y cambiante, nunca en forma definitiva. Pero el hombre es distinto de esos dos verbos, aunque esté siempre entre sus redes y más particularmente en la región donde ha hecho su morada, en lo que concierne a su vida cotidiana ordinaria: la región más transparente, discurso humano inserto en el discurso de la naturaleza.

La amada no es una palabra, sino la palabra. La amada no es una cosa, sino la naturaleza. Cada palabra es un rostro de todas las palabras. Cada cosa es una aparición de todas las cosas. Estar a solas con una palabra sola es locura. Estar a solas con una cosa sola es morir.

A la luz de la lámpara de querosén con la mecha bien sacada, escribí todo eso en un cuaderno nuevo y me sentí poderoso. Cobraron sentido de nuevo para mí los poemas y los paisajes, los estudios y los juegos. Había recuperado la región más transparente y podía excursionar fuera de ella sin terror. Además, mientras me apegara a los dos verbos reunidos o a cada uno por separado, estaría al abrigo del terror tercero.

Siguieron días felices.

Por ese entonces fue el maestro de visita a mi casa. Para que se entienda lo que dijo debo explicar que en esa aldea y en ese tiempo la escuela era la casa del maestro. Había una sala grande con mesas y pupitres donde una veintena de niños varones asistían durante un período que duraba entre cinco y

nueve años según la voluntad de los padres y la del maestro. La escuela era unitaria, es decir, no tenía grados, pero el maestro asignaba sitios distintos a los alumnos de acuerdo con su adelanto. Primero en las mesas largas, después en los pupitres dobles y por último en los pupitres individuales. En el mismo salón cada grupo de alumnos y a veces cada alumno hacía trabajos diferentes, mientras el maestro tomaba la tarea llamándonos uno a uno a su escritorio. Después venía a revisar lo que hacíamos. Frecuentemente daba, para todo el salón, explicaciones elementales que los más grandes habían oído muchas veces o explicaciones nuevas que los más pequeños no podían comprender; pero un letrero en la pared rezaba: *repetitio mater studiorum scientiae et memoriae* y, para los consecuentes problemas de disciplina, otro letrero, encima del clavo de la palmeta, decía sin púdicos latines: la letra con sangre entra.

Durante la visita a mi casa, el maestro explicó que yo sabía ya leer, escribir y sacar cuentas; conocía suficiente de historia y geografía; tenía nociones de ciencias y letras. No había terminado todavía, nunca se termina; pero había que ir pensando en mi futuro. Tenía la preparación elemental; para ser un hombre de bien, faltaba aprender un oficio. Aprender a sembrar y criar ganado. Entrar como aprendiz en un taller de artesanía. Trabajar en una oficina del gobierno. Conseguir puesto en la tienda grande para despachar y llevar las cuentas. Ingresar en la banda. Acompañar a los arrieros de mulas para convertirse en viajero de comercio. Pero él opinaba que yo debía hacer estudios superiores. Si me quedaba en la escuela, lo más que él podía hacer era enseñarme latín, griego, un poco de hebreo y álgebra, por si quería ser ayudante de él más tarde. Pidió además que me llevaran a su casa el domingo en la mañana para tener una conversación conmigo en privado sobre ese tema.

Hubo consternación en la casa. Si se le consigue una beca, si el tío que vive en una ciudad grande, si más bien no se queda aquí con nosotros, si los peligros y la corrupción del mundo actual, si quien añade ciencia añade dolor, si uno cría los hijos para perderlos, si ya tiene casa y siempre hay oficio qué va a hacer en otra parte. Consternación prematura, pues el maestro se había adelantado no poco al momento real de la decisión.

Yo, por mi parte, hubiera querido no tener que tomar nunca decisiones sobre este punto sino seguir siendo niño siempre para proseguir mis investigaciones y mis amores secretos.

El domingo en la mañana me encontré sentado en la biblioteca del maestro. Nunca antes la había visto. Era mucho más grande que la de mi casa. Me sentí cohibido y honrado. No sabía qué hacer. La distancia entre el maestro y yo era abismal. Me preparé para responder preguntas como en un examen difícil. Pero el maestro no me preguntó nada. De una manera que ni aún ahora entiendo plenamente, fue acortando la distancia entre él y yo hasta que me sentí cómodo y confiado. Me contó parte de su vida. Cuando joven había querido ser cura o monje y estudió en un seminario hasta casi tomar los hábitos. Pero se enamoró y comprendió que no podría hacer uno de los votos. No entendí; eran problemas de gente grande, pero pensé que la muchacha debió parecerse a la palabra liguria y que había volado a su origen porque a todas luces el maestro era soltero. Después de participar en falsas revoluciones que lo decepcionaron, escogió la profesión de maestro que lo había hecho feliz. No entendí lo de las falsas revoluciones, pero sentí por él una extraña simpatía y una forma nueva de respeto.

Me habló de sus compañeros de infancia y de las profesiones que tenían ahora. Yo le preguntaba sobre las que no conocía y él me explicaba en detalle. Me impresionó la de uno que se retiró a vivir solo en un monte como ermitaño y la de otro que se fue a un país lejano para hacerse egiptólogo y no volvió más.

En un momento de la conversación contó un incidente graciosísimo y yo cometí la grosería de reírme, pero él se rió también —primera vez que lo veía reír, parecía un muchacho— y me dio tiempo de recuperar mi compostura. Él pasó a explicar lo decisivo de la vocación y el talento. La vocación es un llamado, algo que nos atrae y nos interesa por encima de todo lo demás y adquiere para nosotros en lo personal gran valor y gran prestigio.

Entonces ocurrió por primera vez en mi vida un acontecimiento de enorme importancia y trascendencia: le confié al maestro algunos de mis pensamientos secretos y oí sus comentarios.

Cuando salí para volver a casa, no había resuelto nada sobre mi futuro pero no cabía en mí de gozo. En el camino me encontré con el niño pequeño que días atrás había sido iniciado en nuevos juegos y le pregunté a quemarropa: ¿Quieres que te cuente el cuento del gallo pelón? Sonrió complacido al responder: No es que ¿quieres que te cuente el cuento del gallo pelón?, es que si quieres que te cuente el cuento del gallo pelón.

Así no vale —le dije—, ya lo sabes. Y seguí mi camino procurando no pisar las hendiduras de la acera, lo cual me obligaba a dar pasos desiguales.

IOD ÁLEF

CLARO ESTÁ que no le conté al maestro ninguna de mis experiencias ni ninguno de mis experimentos; pero cuando habló de la vocación, hablé yo también, espontáneamente, y dije que todas las profesiones se ocupan de las palabras y de las cosas, aunque algunas más de las palabras y otras más de las cosas; las que se ocupan directamente del hombre lo entienden como palabra y como cosa, aunque algunas más como palabra y otras más como cosa, mientras que a mí me interesaban las relaciones entre palabra y cosa, y el origen de los verbos.

Me miró interesado y receptivo. Arrugó el entrecejo cuando dije el origen de los verbos. Yo expliqué que no eran los verbos de la gramática, aunque esos también me interesaban; sino verbo, tal como él nos había enseñado, como sinónimo de lenguaje.

En ese caso, dijo, es mejor decir el origen de las lenguas. Con gran desparpajo expliqué que no me refería al origen de las lenguas, aunque ese tema también me interesaba,

sino al origen de los verbos, de los dos verbos únicos: el verbo explícito del hombre y el verbo tácito de la naturaleza. Claro, como el primero se dividía en lenguas, el origen de éstas era capital.

A ver, a ver —me animó con irresistible simpatía levantando las cejas como nunca lo hacía en clase.

El verbo explícito, pronunciado, ordena y organiza todos los asuntos humanos. Vivimos en la palabra.

El verbo implícito organiza y gobierna las cosas. Es distinto del primero porque no se vocaliza. Su discurso ordena en silencio las nervaduras de las hojas, las vetas de las piedras, el cuerpo de los insectos, la caída de la lluvia, el reventar de la centella, los pasos de los astros. El primero trata siempre de abarcarlo, de incluirlo, de decirlo y lo logra, pero de manera incompleta, representativa, provisional; por lo general se conforma con una formulación útil.

El discurso del verbo humano está siempre como experimentando, mientras que el de la naturaleza es firme.

Hay un reino intermedio de objetos gobernados por el verbo de la naturaleza y elaborados por el verbo del hombre. Ese es el reino de todas las profesiones.

¿Cómo es posible el acoplamiento de los dos verbos a pesar de la firmeza del segundo y la variabilidad infirme del primero? ¿El verbo humano parece infirme, porque es más grande y móvil, o es dependiente del otro y superfluo? ¿Por qué hay dos verbos y no solamente uno, o ninguno, o más de dos? ¿Los dos verbos proceden de una sola fuente, son variantes de algo único, o bien proceden de dos orígenes diversos? ¿Es que el verbo de la naturaleza se desdobla en el hombre de manera torpe y progresiva; o es que el verbo del hombre se ha convertido ya, desde lo hondo, en verbo de la naturaleza y al aproximarse al otro se aproxima a sí mismo? Además, ¿qué es lo que los verbos ordenan, organizan y gobiernan? ¿Hay materia? Si sí, ¿cuál es su naturaleza? ¿Es la

misma para ambos? Si no, ¿son los verbos materiales? ¿O es ilusorio lo que llamamos materia? Las preguntas que formulo son verbales, ¿puedo creer que una investigación de este género logre abandonar la palabra? ¿Son los límites de la palabra los límites de todo lo que existe para mí? ¿Qué soy sin la palabra? ¿Soy palabra? ¿Soy un pequeño discurso del verbo humano así como el gavilán es, sin duda, un pequeño discurso del verbo de la naturaleza, entretejido con miles de otros pequeños y grandes discursos en el habla taciturna del mundo? He ahí las cuestiones que me llaman, ¿cuál profesión corresponde a tal vocación?

Eso fue en substancia, lo que dije; pero no lo expresé de esa manera exactamente. Hice muchos rodeos y repeticiones. Me corregía yo mismo y ensayaba de nuevo. Me contradecía y volvía atrás. En realidad, los pensamientos se aclaraban para mí también a medida que los iba diciendo. Partiendo de un ovillo confuso iba desenredando el hilo.

El maestro mientras tanto me sostenía y animaba con pequeños gruñidos interrogativos y atenuadas exclamaciones de comprensión. Las expresiones de su rostro me seguían y me auxiliaban, me sacaban literalmente de los atolladeros en que me metía y me felicitaban si lograba decir algo con precisión. Pero en ningún caso habló por mí, ni completó mis palabras cuando yo me detenía, ni dio señales de impaciencia.

Cuando me hube saciado de hablar, como los que se sacian de llorar, me quedé callado. El maestro, por su parte, guardó silencio durante largo rato mirando por la ventana hacia el patio de recreo de la escuela, extrañamente vacío y pacífico, añorando tal vez la tribu inquieta y vocinglera de los niños.

Comenzó a hablar muy cuidadosamente como si no hubiera terminado todavía de pensar.

Según él yo llamaba verbo, por una parte, a la palabra hablada, al pensamiento, a los conocimientos, al sentido, a las nociones generales, a los proyectos, a las instituciones,

a las costumbres, a las creencias, a las ciencias, a las letras, seguramente también a la escritura y a los procesos lógicos. Pero cada uno de esos acápites designaba un campo diferente de los demás; no era saludable confundirlos en un solo vocablo, a menos de precisar con rigor la unidad así nombrada. Sin embargo —dijo— en griego antiguo hay una palabra que tiene ese alcance; es de suponer que al usarla, los griegos sentían la unidad que yo también sentía al llamar verbo a esa multiplicidad de asuntos diversos.

Por otra parte yo llamaba verbo a la estructura y comportamiento de las cosas naturales todas y al orden cósmico. Había, claro está, una cierta analogía entre las cosas y las palabras de tal manera que la física, la química y la biología eran una gramática de la naturaleza; pero analogía no es identidad; sin embargo, en hebreo clásico el mismo vocablo sirve para designar a las palabras y a las cosas; es de suponer que los antiguos hebreos sintieron el verbo del que yo también hablaba.

Al reino intermedio de objetos naturales elaborados por el hombre, donde confluían los dos verbos, me dijo que lo llamara cultura. (Yo había ocultado y seguía ocultando el nombre mío para ese reino: la región más transparente.)

Además, según él, para mí, todo, excepto una posible materia, era verbo, porque aunque distinguía entre el verbo explícito y el verbo tácito, los dos eran verbo, de modo que me tocaba clarificar esa gran unidad y llegar a poder decir qué entendía por verbo sin más.

Ubicando todas esas preguntas en el tema de nuestro encuentro —la elección profesional—, el maestro me dijo que todas esas inquietudes, si se mantenían a largo plazo, indicaban una clara vocación por la lingüística, las ciencias naturales, la filosofía y la teología. El tiempo lo diría. Y dentro de ese enorme campo de estudio había que elegir más tarde objetivos más estrictos. Me explicó que en el mundo del sa-

ber trabajan muchos hombres y se dividen las tareas; pero que al comienzo es necesario familiarizarse con todo el campo, distinguiendo regiones y separando lo ya hecho de lo que falta por hacer, a fin de orientarse en la escogencia de las tareas personales. Inicialmente, pues, los estudios superiores cumplen esa finalidad de información y orientación, luego se participa en la investigación.

Faltaba saber si yo tenía talento. Eso era mucho más difícil de averiguar. A veces sólo el fracaso definitivo daba la respuesta.

Yo dije que prefería fracasar en eso antes que triunfar en cualquier otra profesión. El maestro se rió complacido y le brillaron los ojos.

Decidimos —¡ah, la enormidad de esa primera persona del plural!, yo también decidía y en tan buena compañía—, decidimos no decidir nada. No había urgencia. Mientras tanto él me iba a iniciar en el estudio de las lenguas clásicas.

Cuando llegué a la casa, mi hermana menor le estaba explicando a una amiguita que la luz eléctrica es una trampa, en forma de botella, para cazar relámpagos y se usa en países extranjeros como Maracaibo, igual que nosotros metemos luciérnagas en frascos.

IOD BET

CON TODO, yo no había contado al maestro ninguna de mis experiencias secretas, ni ninguno de mis riesgosos experimentos. Sin embargo, ya era mucho que le hubiera hablado de los verbos, aunque no fuera más que en relación con la elección profesional. Un pudor instintivo me vedaba toda comunicación de lo sagrado. De entrada había asumido mi aventura como algo íntimo, incompartible. La mantenía escondida en mí como se mantiene bajo tierra la semilla cuando se quiere que germine. Como si corriera peligro de destruirla al exteriorizarla.

En realidad, el centro de todo era mi apasionado amor por la palabra y mis tormentosas relaciones con ella. Los descubrimientos y pensamientos eran consecuencia, subproducto, periferia de ese centro que por su naturaleza y con anterioridad a toda reflexión había de ser clandestino y celosamente guardado. Nunca se me presentó la tentación de decirlo y él mismo parecía querer ocultamiento como si sólo pudiera desplegarse en el sigilo.

Por ese entonces comencé a leer indiscriminadamente cuanto libro caía en mis manos. Los adultos me dejaban tranquilo y me aplaudían porque creían que yo me estaba instruyendo. Nada más alejado de la verdad; si me instruía era por añadidura. Lo que había comenzado a fascinarme era la palabra escrita con nuevo encanto recién estrenado.

Siempre me había gustado la lectura; pero después de mis últimas experiencias, había descubierto que el manejo cuidadoso del lenguaje, obligado por la escritura, hacía aparecer el habla cotidiana como jirones, harapos, andrajos de finísimos tejidos cuya esplendorosa calidad sólo se apreciaba plenamente en los libros. En los libros de entonces, pues afortunadamente sólo había clásicos a mi alcance. Después, ya adulto, conocí la basura escrita, mil veces inferior al habla cotidiana; pero para entonces podía reconocerla como tal por contraste.

Lo explicado en los libros —reitero— me interesaba secundariamente. Mi atención estaba dirigida hacia las oraciones, los períodos, los párrafos, los capítulos, el desfile maravilloso de las palabras, su coordinación y subordinación, su secuencia. El amor ardía en mí, se avivaba y a veces me quemaba. Era algo literalmente horripilante. Sentía escalofríos de fiebre, o lloraba y tenía que interrumpir la lectura para recuperar fuerzas. En pocas ocasiones lograba mantener un fuego lento y prolongado que me calentaba dulcemente el corazón. Por lo general yo no estaba a la altura de la emoción y me hacía daño como una enfermedad.

Comprendí: debía crear una distancia entre las palabras y yo; una distancia que las hiciera soportables o yo sucumbiría consumido por ellas. De alguna manera el sagrado terror de la locura volvía a presentarse. No ya en la amenaza conjurada de la palabra sola, bella, en vuelo libre hacia su origen; sino en el esplendor mismo del discurso coherente, superior a mis arrestos de amador endeble.

El problema era cómo mantenerme en la cercanía de las palabras sin que su belleza se volviera terror, sin que me aniquilara su poderosa presencia.

Tuve suerte. Me llegó por mano del maestro. Según su manera de concebir el aprendizaje de las lenguas clásicas, yo debía comenzar simultáneamente el estudio del griego, del latín y del hebreo. A tal efecto, me prestó los libros que él había utilizado en el seminario. Era mejor así, dijo, porque se podía comenzar desde un principio a hacer comparaciones para descubrir diferencias y semejanzas fundamentales. No me dio explicaciones ni introducciones. Todos los jueves por la tarde me tomaría las lecciones asignadas, palmeta en mano, como siempre. Sentado en mi pupitre individual del aula —ya había llegado a ese nivel— y luego de noche, en mi casa, junto a la lámpara de querosén con la mecha debidamente sacada en luz del día, me enfrenté a mis acrecentadas tareas de estudiante con una sensación de responsabilidad y de importancia personal. Fue así como descubrí una forma de distanciar las palabras y permanecer sin embargo en su cercanía.

Al estudiar esas lenguas, mi propia lengua, en excelente redacción, las servía, de tal manera que las palabras españolas se volteaban hacia las palabras clásicas y éstas, todavía no bien aprendidas, quedaban veladas por su extrañeza, su fulgor disminuido por la falta de familiaridad. Claro, las palabras sueltas, aun así podían liberarse y volar raudas a su origen; pero nunca estaban realmente sueltas porque las palabras de mi lengua las acompañaban traduciéndolas y explicándolas. Además, los libros eran muy buenos; se trataba de gramáticas teórico-prácticas con exposiciones seguidas de ejercicios en los cuales se usaban de inmediato todas las palabras nuevas en oraciones completas generalmente tomadas de textos clásicos.

Así, mi propia lengua —debo decirlo de algún modo— se ponía de perfil para mostrarme las lenguas clásicas y éstas

de rebote me mostraban aquélla bajo una nueva luz. Al mediatizarse mutuamente, su esplendor directo disminuía, se hacía soportable y yo sin embargo estaba cerca de ellas, entre ellas, sintiendo las delicias incomparables de su reverberación.

Pero tan pronto como yo dominaba una lección, los textos se me ponían de frente con refulgencia acrecentada y yo, al presentarse la situación límite, ni corto ni perezoso pasaba a la lección siguiente. Así también se acabó para mí la palmeta.

Especial impacto produjo en mí el aprendizaje de los nuevos alfabetos, el griego y el hebreo. Cada letra fue una aventura maravillosa. Yo las contemplaba una por una y las vivía muscularmente al hacer ejercicios de caligrafía. Fue mi primer contacto con la pintura. Cada letra era un cuadro, pictórico de significaciones vacías, valga la paradoja; las curvas, los ángulos, los cruces de las líneas, las diferencias de grosor, la puntuación, el efecto de conjunto configuraban un pequeño universo autónomo, cerrado, completo; así, sobre el modelo de la letra, veo aún ahora los cuadros de los pintores. Y luego, la procesión de esos pequeños universos hacia la izquierda o hacia la derecha sobre una página en blanco. Saber que allí ronroneaban las palabras. Mirar una hoja caligrafiada como quien se acerca a una colmena o se oprime contra la oreja una caracola marina. Además, redescubrir el alfabeto de mi lengua como alfabeto latino y ver, otra primera vez, con ojos limpios, esos veintinueve milagros capaces de atrapar y fijar todos mis discursos, capaces de guardar para mí y entregarme según mi voluntad los buenos decires de hombres ausentes, lejanos o ya muertos. Entendí la vocación de escribas y copistas.

Tres alfabetos para contener y custodiar el tesoro de la palabra, para graduar la aparición de las voces de acuerdo con la intensidad de las fuerzas amatorias, para velar y tamizar la belleza cuando se vuelve deslumbrante y enloquecedora, acercando o retirando la atención, cerrando el libro o el cuaderno.

En esos libros y en mis cuadernos de caligrafía había páginas pantanosas donde acechaban leviatanes y behemot, páginas selváticas donde reptaba la ponzoña de las sierpes y volaba el dardo envenenado de guerreros enemigos, páginas oceánicas donde campeaba la gracia de Anfítrite y resonaba reiterado el bramido sordo interminable de Poseidón, páginas desérticas donde un dios sin nombre declaraba que nadie podía verlo y no morir. Había vastas llanuras pobladas de arbustos amargos y aromáticos, había una sibila desgreñada que enloquecía de divinidad en una cueva sagrada, había profetas. El lucero de la tarde acudía al llamado de una mujer ojos lila, y un sabio ardía por volverse urano mil ojos para mirar su estrella, caída sobre la hierba. Sabor ambrosía, manzanas de oro. Ungüento derramado es tu nombre. Y yo cerrando, entreabriendo, abriendo, entrecerrando.

Escondite perfecto. Nadie sospechó nunca mi secreto. Yo pasaba ante todos como muy estudioso y muy disciplinado.

IOD GUÍMEL

MIENTRAS ME dirigía hacia las afueras del pueblo para llevarle una gallina a doña Sofía de parte de mi familia, caí en cuenta de que, en la conversación con el maestro, habían sido omitidas dos profesiones importantes: la de loco y la de brujo.

Ser loco era sin duda una profesión; consistía en asustar y carrerear a los muchachos, inquietar y divertir a los adultos. Con toda puntualidad el loco Heliodoro cumplía su tarea y, a cambio, el pueblo lo mantenía. Ser brujo era sin duda una profesión; consistía en curar enfermedades con ramas y oraciones, librar a casas y personas de males misteriosos. Doña Sofía estaba siempre a la disposición de los que la buscaban para esas tareas y, a cambio, el pueblo la mantenía y la respetaba. Héteme aquí llevándole una gallina por haberle quitado el mal de ojo a mi hermano más pequeño. La de loco había sido omitida quizás porque no era una profesión respetable y la de bruja porque era cosa de mujeres; pero, por una parte, siempre había oído hablar bien de Alonso Quijano que era loco, y por la otra sabía de hombres brujos, pues a veces mandaban a buscar un secreteador para curar las gusaneras del ganado y, cuando

venía, la gente aprovechaba para ponerlo a hacer tareas parecidas a las que hacía la bruja y le pagaban.

Decidí preguntarle al maestro. Me dijo secamente que ser loco no era una profesión sino una enfermedad y una desgracia. En cuanto a la brujería se extendió: el más grande mal del hombre es la ignorancia, su remedio es el conocimiento. En un principio, el saber está muy mezclado de fantasía porque el miedo y el deseo movilizan la imaginación; pero en el curso de los siglos se desarrolla la ciencia por observación metódica. La brujería ha sido sustituida por la medicina en el mundo civilizado, lo cual no quita que en la brujería se encuentren importantes conocimientos, aunque mezclados con supersticiones y quizás algunos de ellos todavía no han sido elucidados. En la consideración de profesiones no puede incluirse la locura porque no es profesión, ni la brujería porque no puede figurar entre los estudios superiores basados en la ciencia. Llamar locos a hombres geniales es una metáfora, basada en cierto parecido superficial: sus ideas no son comprendidas por el vulgo en un principio y hacen gala no pocas veces de una peligrosa temeridad; además, algunos hombres geniales se han vuelto locos; pero el genio se conoce por sus creaciones, el loco es estéril. En cuanto a cultivar la brujería como profesión empírica, él no podía darme indicaciones porque la formación de un brujo es desconocida y enigmática; en todo caso no parecía que yo tuviera vocación o talento en esa dirección. Mis intereses y dotes me inclinaban hacia las letras.

Le pregunté qué era superstición. Me dijo que eran creencias falsas y prácticas equivocadas pertenecientes a estadios del conocimiento superados por la ciencia, pero existentes todavía por falta de divulgación científica. Reiteró que no todo en la brujería era superstición y agregó que algunos de sus contenidos pertenecen tal vez al futuro de la ciencia.

A pesar de la inmensa autoridad del maestro, decidí investigar por mi cuenta. Razoné que me apoyaba en sus últi-

mas palabras; pero lo que me guiaba era una fascinación inexplicable. Ya yo había visto algo que el maestro acababa de aclararme indirectamente: la región más transparente no es homogénea. Diferentes configuraciones del verbo humano se superponen, se interpenetran, se imbrican, se repelen. Hay discursos antiguos, discursos recientes, discursos en formación, discursos muertos, discursos aparentemente muertos, todos sobre el discurso múltiple siempre igual a sí mismo, siempre repetido de la naturaleza.

El domingo siguiente hice una visita formal a doña Sofía yo solo. Era delgada, larga y seca. Su risa se parecía al cacareo de las gallinas. Recibía en la cocina donde siempre estaba preparando algún cocimiento. Tenía toda clase de ramas colgadas de los travesaños del techo. Miraba de lado con ojos muy brillantes y amorosos. Siempre me sentí seguro y protegido en su compañía, aunque en su compañía todo se volvía inseguro e inestable: si era de día, las piedras pudieran convertirse en pedazos de sol, si era de noche las estrellas pudieran caer como rocío, si era crepúsculo la casa pudiera convertirse en barco y bogar entre las nubes.

Era crepúsculo. Con mi trajecito de marinero, sentado seriamente en una pequeña silla de cuero le expliqué y le pregunté: Tengo que escoger profesión. Si yo decidiera ser brujo, ¿qué tendría que hacer?

Cacareó. Te estás yendo, te estás yendo. Solía decir ciertas cosas dos veces. Estás creciendo mucho, vas para cáscara, vas para cáscara. Profesión, oficio, trabajo, cáscara. Eso tal vez se decide. Pero brujo no se decide ser. Brujo es escogido. Brujo es escogido. El basilisco escoge. Germen, grano, tusa, cáscara, mata de maíz, agua de maíz, ¿vas para tusa?, ¿vas para tusa?

La casa despegó y comenzó a elevarse. Si yo hubiera salido, me habría caído desde una gran altura. Por la ventana se veían nubes y zamuros.

Brujo guarracuco siembra maíz. Siete gritos sucesivos. Siete granos por hoyo. Bruja empolla huevos de culebra. Grano: huevo. Tierra: bruja. Bruja: gallina. Escoger profesión. Vas para cáscara. Tierra: gallina. Brujo: bruja. Si no hay basilisco todo queda en culebra y mata de maíz. El cielo se puso color de arepa, color de tortilla, se manchó de baba sanguinolenta, se enroscó y pavoneó. Luego se rasgó como una tela sucia y dejó ver un fondo de terciopelo azul oscuro, limpio azul, azul solo. Comenzó a anochecer. Seguí mirando por la ventana mientras ella hablaba y vi salir el lucero de la tarde, más grande y más brillante que nunca. La casa pareció detenerse a una gran altura.

El brujo aprende a hablar la lengua de los vientos y de las aguas. Aprende solo a entender la lengua de la tierra. Y aprende a oír, sin hablar y sin entender, la lengua del fuego, aprende a recibirla sin quemarse.

Ya la noche se amontonaba en los rincones, subía por la falda de doña Sofía, ponía espesas telarañas en las ramas que colgaban de los travesaños del techo convertido en abismo negro, hacía naufragar los azules de mi traje de marinero y ponía en el centro de todo el fogón de los cocimientos.

Todas las cosas del mundo están en el cuerpo del hombre y el cuerpo del hombre está en todas las cosas. El brujo aprende a ver, a componer y descomponer. Quita de aquí y pone allá, quita de allá y pone aquí. Este cocimiento es para un hombre que perdió su cedro y gastó su araguaney porque cuando estaba pequeño le quitaron sus flores de magnolia. No te dejes quitar las flores de magnolia.

Se acercó a la ventana para ver el cielo, después ladeó un poco la cabeza hacia mí, me miró de perfil y yo creí ver en sus ojos el lucero de la tarde quieto y silencioso sobre las móviles y susurrantes llamas del fogón. Se rió como si cacareara y bajó la voz para decir:

El secreto del más grande poder de los brujos está en que saben los nombres verdaderos de algunas cosas. Más

nombres verdaderos más poder. Ninguna planta, ningún animal, ningún metal, ninguna piedra, ningún hombre, ningún demonio, ningún ángel, nada ni nadie puede resistir la voluntad del que sabe su nombre verdadero.

Yo me sentía seguro y abrigado en la pequeña silla de cuero. Siempre me pareció que el cuerpo de doña Sofía se extendía más allá de sus límites visibles y formaba un volumen mullido en torno a ella, de modo que al acercármele tenía la sensación de entrar en ella. Esa vez, toda la casa formaba parte de su cuerpo y me rodeaba, me contenía, me abrazaba tiernamente. Al oír sus últimas palabras, me agité y salí de mi cómoda ensoñación, de la apacible quietud de mi escucha, no por lo del poder sino por lo del nombre verdadero que se sumaba ahora a la lengua de los elementos mencionada anteriormente. Quise hacer preguntas, pero ella me hizo esperar con un gesto, mientras apagaba el fogón dispersando los tizones y cubriendo las brasas con ceniza. Todo quedó oscuro, excepto por el lucero de la tarde, más alto y más brillante. Ella encendió una vela de sebo y al hacerlo ancló la casa otra vez en tierra. Se oyeron las cigarras y las ranas. Se sentó entonces y respondió todas mis preguntas primeras, pero las respuestas despertaron otras preguntas que ella no quiso oír porque era muy tarde y debía, dijo, llevarme a mi casa.

Caminamos en silencio hasta pisar la luz que se derramaba desde las hendijas de ventanas y puertas. En el cielo, redonda como una taza y va conmigo a la casa, la luna llena hacía palidecer todas las estrellas y dejaba brillar al lucero de la tarde solo.

Aquí les traigo a su muchacho sano y salvo. Se está poniendo muy grande, muy visitador y muy preguntón.

IOD DÁLET

DOÑA SOFÍA, la bruja, tenía una forma de expresar los pensamientos que el maestro no me hubiera aceptado a mí en los ejercicios de exposición oral y mucho menos en los de redacción. Solía decir él que las ideas deben expresarse una después de otra, no varias al mismo tiempo, y que debe seguirse algún orden, cronológico por ejemplo, o de lo simple a lo complejo, o de importancia creciente, o de revelación progresiva. Ella, por el contrario, mezclaba ideas diferentes, decía primero algo que sólo tenía sentido al final, se extendía en consideraciones superfinas, se reía largamente de pensamientos no formulados, exclamaba: ¡El basilisco!, ¡el basilisco!, sin conexión visible con lo que estaba explicando, se interrumpía para contar los incidentes del día o se callaba bruscamente. Hablaba por fragmentos; me tocaba a mí establecer las relaciones y construir el cuadro completo. Lo mismo era con las preguntas. Me respondía la que yo no había hecho todavía. Me las arreglaba preguntando lo ya respondido para saber lo no respondido anteriormente. Al final todo encajaba, pero después de grandes esfuerzos míos. Confieso

que me gustaba ese juego, pues como juego lo asumí. Y a ella también, según creo. Esa vez, al terminar la primera ronda de preguntas y antes de rechazar la segunda me dijo: Tenemos tres carabelas, tenemos a Colón; sólo falta doña Isabela.

El hombre es comparable a una mata de maíz. El niño es el grano y, más precisamente, el germen que está en el grano. La tusa son los padres. La mazorca es la familia. El tallo y las hojas son el pueblo; por pueblo entendía los pueblos, las ciudades, las profesiones, los inventos, el gobierno, el Estado y todas las formas de organización social. Las raíces son el origen cíclico de las matas relacionado con su origen último desconocido, escondido en los arcenes de la tierra. El grano no es solamente una parte de la mata que puede reproducirla; el grano es lo importante, la plenitud de la mata; todo lo demás está en función del grano. El grano es el sentido único de la mata. Todo lo humano existe por mor del niño, y no como hombre futuro que debe ser protegido y educado para que crezca y madure hasta ser pilar de la sociedad, sino por mor del niño en tanto que niño. El niño decae, degenera al crecer y madurar para convertirse en servidor caricaturesco e inconsciente de la plenitud que perdió; como adulto se interesa por la riqueza y el placer, por las ciencias, las artes y la guerra, por la gloria, la comodidad o el poder, por la belleza, la verdad, la justicia; no sabe que es tusa, hoja, tallo de su olvidado centro; se cree llegada y es decadencia, retorno al humus por podredumbre o por fuego.

Por otra parte, el hombre es comparable a una culebra. El niño es el huevo y más precisamente el germen que está en la yema. La yema, la clara y la cáscara son la familia; los adultos más cercanos al niño, sus guardianes inmediatos. La culebra es el pueblo. El germen genera la culebra para subsistir como germen. La culebra existe por mor del germen. Se muerde la cola y vuelve a empezar siempre para que viva el germen.

Es el niño, pues, quien genera a la familia y quien genera al pueblo. La familia y el pueblo se organizan, inventan, producen, consumen, piensan, sueñan, luchan, sufren, gozan y mueren inconscientemente por el niño; pero no son el sentido del niño, sino apenas el medio de que se vale para persistir mientras alcanza su sentido. El sentido del niño es el basilisco. El niño es anhelo de basilisco.

El brujo y la bruja no son guardianes del niño. Son guardianes del pueblo. Son adultos que se han vuelto adultos sin dejar de ser niños, pero sin llegar a ser basiliscos. Conocen al basilisco y conocen el sentido del niño. Protegen al hombre de peligros externos, pues hay seres invisibles que se comen al hombre como nosotros nos comemos el maíz, y hay también seres invisibles que matan al hombre como nosotros matamos las culebras. El mordisco de los primeros se siente en las confusiones y pasiones de la emoción y del pensamiento. El garrotazo de los segundos se siente en las enfermedades y en las guerras.

Los brujos no son tan fuertes como los enemigos invisibles del hombre, pero sí lo suficiente para reducir y mitigar su agresión, y para curar ciertas heridas. Son escogidos por el basilisco entre los que han logrado mantener contacto con su propia infancia. Son instruidos por él, por él tienen un valor permanente. A algunos confiere la inmortalidad, pero a ninguno la invulnerabilidad. Por fuerza el brujo es un despierto. Ha de velar mientras los demás duermen so pena de incumplir su tarea, lo cual puede llevarlo a perecer víctima de los enemigos externos o del basilisco mismo.

Éste es el discurso que logré reconstruir a la manera del maestro. En respuesta a mi primera ronda de preguntas explicó que todos los basiliscos son el basilisco. Que lo del maíz y la culebra no son dos comparaciones para facilitar la comprensión; el hombre, aunque participa de todo lo que hay en el mundo, es sobre todo maíz y culebra; el basilisco es una culebra de maíz, una culebra alada, una y siete a la vez, en

relación de identidad con el lucero de la tarde, es decir, con el lucero de la mañana; por lo menos así lo había visto ella, pero los brujos no pueden ver al basilisco en su plenitud y no morir. Que la bruja no es comparable a una gallina sino una gallina de la parte serpiente en el hombre, así como el brujo no es comparable a un guarracuco sembrador sino un guarracuco de la parte maíz en el hombre; pues hay seres amigos, casi visibles, con esas formas, incorporados al cuerpo de los brujos. Que los brujos se entienden con todos los seres del mundo desde las diferentes partes de su cuerpo y mediante cuatro lenguajes en diferentes niveles de comunicación y con intensidad variable según el grado de poder. Que los brujos de otros países pueden ver al basilisco de manera muy diversa y llamarlo con otros nombres. Que el sentido de todos los demás seres de la naturaleza también es el basilisco. Que todo quedaría en culebra y mata de maíz, en su retorno cíclico comparable, ahora sí, con el retorno cíclico de todas las cosas, todas vacías de no haber basilisco; pero de no haber basilisco no habría nada, pues todo es por mor del basilisco. Que algunos brujos, muy superiores a ella, saben propiciar la conservación de la infancia en los adolescentes y en los adultos; que algunos enseñan incluso a recuperarla.

La claridad que pueda haber en esta exposición se debe al método del maestro. En realidad, yo estaba confundido y no entendía nada. Numerosas dudas e interrogantes se aglomeraban en mi mente; pero cuando quise comenzar la segunda ronda de preguntas, la vela de sebo comenzó a chisporrotear de manera extraña, alternando de prisa gran luz con casi sombra y multiplicando la casa en muchas casas superpuestas que se encajaban y desencajaban las unas en las otras. Fue entonces cuando ella dijo que era tarde, que me llevaría a mi casa, y salimos bajo la noche tranquila con su luna y su lucero hacia las calles del pueblo, rayadas, como una pálida culebra de maíz negro, por las hendijas luminosas de puertas y ventanas.

Tet waw

El brujo aprende a hablar la lengua de los vientos y de las aguas. Aprende sólo a entender la lengua de la tierra. Aprende a oír, sin hablar y sin entender la lengua del fuego, aprende a oírla sin quemarse. Pero su más grande secreto de poder está en saber los nombres verdaderos de las cosas.

No esperé mucho tiempo para visitar de nuevo a doña Sofía. Era domingo, era mediodía. Expresé mi deseo: quería saber más sobre las lenguas del brujo y sobre los nombres verdaderos de las cosas. Se quedó seria, pensó un rato, fue a su cuarto. Después de mucho tiempo salió, me dio una piedra ovoidal brillante como pequeño pedazo de sol y me despidió diciendo: Si no eres ya demasiado viejo, esta piedra te dirá lo que quieres saber. La piedra ardía como fuego, era un milagro que no me quemara los dedos ni el bolsillo.

Por esos días vino al pueblo el secreteador. Me mantuve en su cercanía. Cuando terminó su trabajo le sirvieron café. Se lo tomó lentamente y luego sacó su cajeta de chimó y la abrió. Se puso una pella detrás del colmillo. Entonces yo le hablé y le dije sin preámbulos: Enséñame a secretear. Me miró

atentamente, como si me midiera y me pesara, como si me penetrara, como miraba a las vacas antes de secretearlas. Esperó a que se derritiera la pella de chimó y habló después del primer escupitajo. Mientras hablaba le salía del sombrero de cogollo algo así como el grito amortiguado de un guarracuco. Pero no sentí miedo, sólo que no podía sostener su mirada y fijaba los ojos en los botones de hueso de su blusa. Dijo: Si yo te enseñara a hacer sillas y trompos, seguiría siendo carpintero y hasta aprendería más. Si yo te enseñara a cazar, seguiría siendo cazador y cazaría mejor. Si yo te enseñara a sembrar maíz, seguiría sembrando como siempre. Pero si yo te enseñara a secretear no podría volver a secretear jamás yo mismo y serías tú el secreteador. Secretear es algo que no se puede dar y conservar. A mí me toca ser secreteador hasta la muerte. Sólo me es permitido entregar el secreto a un discípulo en el momento de entregar la vida.

Su voz y su actitud eran cariñosas y protectoras. El guarra-cu-cu-cu-cu-co amortiguado y en diminuendo de su sombrero de cogollo no me molestaba. Registró su mochila, sacó un trompo con guaral y me lo dio, después de otro escupitajo lateral, diciendo: Si no eres ya demasiado viejo, éste podría enseñarte a secretear.

Conservo hasta hoy día los dos objetos mágicos que tanto me enseñaron más tarde; pero en ese entonces fueron eclipsados por dos acontecimientos secretos que dieron a mi mundo interior una movilidad nueva y determinaron mucho de lo que hice después con mi vida.

El primero ocurrió en ocasión de la visita de un naturalista extranjero. Cuando regresé a casa después de la conversación con el secreteador, encontré dos mulas atadas junto a la puerta, una cargada, otra de silla, y en la sala mucha gente reunida alrededor de un hombre rubio que tenía una lupa colgada del cuello. Además de mis familiares todos, estaban los vecinos, incluyendo los niños, el jefe civil y el maestro.

Algunos le hablaban en voz alta creyéndolo sordo, alguien le servía café. Él sonreía, daba las gracias con extraño acento, se hacía repetir las preguntas varias veces, respondía con dificultad y lentitud; en realidad no lograba entender ni hacerse entender.

El maestro me explicó solemnemente: Es un científico. Trae cartas de identificación y recomendación del Gobierno nacional y de la Universidad Central. Viene a investigar la flora local. Está trabajando en el campo de la sistemática botánica. Habían decidido que se hospedara en mi casa, le estaban arreglando mi dormitorio; a mí me pondrían en el cuarto de un hermano. Habían decidido también que, en sus numerosas excursiones a pie para observar la vegetación y tomar muestras, lo acompañarían siempre dos personas: un baquiano muy conocido por todo el mundo en la región y yo (!). Yo, porque podría hablar con él en latín.

Yo estaba atónito. Antes de que saliera de mi asombro, antes de que comprendiera la nueva situación, el maestro me dijo, con la voz y la cara que ponía cuando hacía exámenes: Preséntate en latín e infórmale en latín sobre estos arreglos.

Yo había terminado de estudiar las gramáticas teórico-prácticas, es cierto, y hasta las había repasado; estaba leyendo bajo la dirección del maestro la *Anábasis* de Jenofonte, unos discursos de Cicerón y el *Pentateuco*; pero estaba muy lejos de dominar esas lenguas como para hablarlas. Mi conocimiento era pasivo; se limitaba a reconocer y comprender los textos. Había hecho numerosas traducciones y versiones de ejercicios, pero por escrito. Además esas eran lenguas muertas, yo no sabía de ningún país donde se hablaran, de tal manera que en mi horizonte nunca había aparecido antes la posibilidad de utilizarlas oralmente en una conversación.

Me paré, temblando, ante el sabio y comencé a tartamudear, pero pronto me di cuenta de que no era tan difícil la prueba, de que podía decir lo que se me había encomendado y terminé con gran seguridad.

El primer sorprendido fui yo, luego el sabio que prorrumpió en una exclamación bárbara antes de intentar él también expresarse por ese medio inesperado. Los demás enmudecieron, excepto el maestro que me corrigió un *acusativus cum infinitivo* mal empleado y la palabra *pagos* en vez de *rus*.

Muy bien sabía el maestro que el científico había estudiado ocho años de latín y seis de griego en la escuela media y que los botánicos redactan sus informes en latín. Muy bien sabía yo que el maestro había aprovechado la insólita ocasión para someterme a examen, pero ¿también tal vez para exhibir al discípulo? En todo caso me había tocado el papel del gallo enmochilado que algún aldeano prepara en secreto y sólo saca cuando un fuereño viene a dominar la gallera.

Siguieron meses de mucho ajetreo. El científico me manifestó su deseo de aprender bien el español y me propuso intercambio de clases para que yo, a mi vez, aprendiera alemán. Acepté complacido. A partir del latín y a veces del griego estudiábamos todos los días en la casa con diligentes cuadernos a la luz de la lámpara de querosén o en el campo, bajo la luz de las estrellas que imponían el uso de la voz sola.

A todas estas, un placer secreto me calentaba el corazón. No era el prestigio adquirido con mi hazaña involuntaria. No era el gozar de ciertos privilegios en la casa. No era el encanto de esas excursiones por los campos. No era la compañía enaltecedora y educativa del ilustre científico en una estrecha relación amistosa. No era el aprendizaje apasionante de una lengua viva hablada actualmente por millones de personas, ni el hecho de enseñar algo a un sabio. Todas esas cosas me complacían sobremanera, pero el placer secreto que me calentaba el corazón provenía de algo ocurrido en mi interior durante mi primera y modesta actuación como intérprete; algo que había sido ocultado por las emocionantes circunstancias del momento y por sus repercusiones, algo que descubrí lenta, cuidadosamente, como se descubre, apartando los péta-

los, el tronco de rojizas escamas que sostiene el ovario de la magnolia: en el instante mismo de decir torpemente *Salve atque vale, vir clarissime; magister meus vult me tecum latine loqui*..., en ese mismo instante descubrí una profesión compatible con mi vida íntima, adaptada a mi problemática relación con las palabras, la profesión de traductor e intérprete.

Tal profesión me liberaría de todo compromiso personal con los significados y me pondría en una relación lateral con las palabras. Sirviendo a otros en su necesidad de comunicación interlingüística, podría acariciar la carne de las palabras, respirar su aroma, acompañar su danza sin que su esplendor me cegara, pues ellas por su parte estarían cumpliendo la tarea que les corresponde y yo, a mi vez, la mía, sostenido por la expectativa y la voluntad de los otros. Así, su potencial erótico podría equipararse con mi pequeña pero implacable lujuria verbal que soñaba ya ladinamente con la lengua de los elementos y osaba querer secretear el nombre verdadero de las cosas.

TET ZÁYIN

ESE ACONTECIMIENTO interior determinó mi vida exterior. Liceo, universidad, postgrados como preparación cuidadosa para una profesión que luego ejercí fanáticamente. Nunca me cansé de aprender nuevas lenguas, ni nunca rechacé largos trabajos en un principio mal pagados. Llegué a ser el mejor intérprete simultáneo en el mayor número de idiomas, y no lo tengo a orgullo porque no era una voluntad de servicio o de excelencia lo que me sostenía, sino la necesidad de compensar mi falta de firmeza, mi infirmidad, ante las palabras. Logré tal compensación, debo reconocerlo, gracias a esa profesión; pero debo decir también que tuvo su martirio: en primer lugar, me apartó de mi pueblo, donde no había espacio para ella, y de los míos, que no podían compartirla, y me llevó a grandes ciudades extranjeras donde no había magnolias, y a grandes asambleas donde nunca brilló el lucero de la tarde que es el mismo lucero de la mañana. En segundo lugar, todo políglota es, de alguna manera, un monstruo; como tal inspira respeto temeroso o risa burlona, y cuesta acostumbrarse a ser espantajo ridículo.

Pero si ese acontecimiento interior, al determinar la escogencia de una profesión adecuada, hizo compatible mi vida íntima con un trabajo socialmente aceptado y la equilibró de una manera que yo quiero llamar horizontal, otro acontecimiento, interior también y casi simultáneo, en ocasión de la misma visita del sabio, me produjo una movilidad diferente, no relacionada con el quehacer mundano y de orden —así me gusta decirlo— vertical y en escalera.

La familiaridad, más, la casi obligada intimidad durante las excursiones, cierta afinidad natural, el hecho de ser yo su único interlocutor la mayor parte del tiempo y el intercambio de enseñanza lingüística cimentaron una sólida amistad entre el sabio y yo, respetuosa siempre por mi parte y condescendiente pero sincera de su lado. Mientras progresaba el aprendizaje, mis preguntas lo maravillaban y entusiasmaban, no sé por qué; llegó a proponer a mis padres que me dejaran ir con él a Alemania. Sus preguntas, referidas a las cosas más obvias de nuestra vida en la aldea, me asombraban y me hacían ver a éstas bajo una nueva luz; llegué a presentir que toda costumbre humana puede resultar extraña cuando cambia la mirada.

Una vez me habló largamente y con gran veneración de dos hombres, muertos mucho antes de que él naciera, dos hombres que habían sido sus dioscuros en la adolescencia, dijo, cuando es tan fácil naufragar y él, en particular, naufragaba. Eran los hermanos Alejandro y Guillermo de Humboldt, el uno sobre todo naturalista, el otro sobre todo lingüista. Yo conocía un poco al primero; mi maestro había citado varias veces su *Viaje a las Regiones Equinocciales del Nuevo Continente*. Del segundo no había tenido hasta entonces la menor noticia.

Mucho me volvió a hablar de ellos en otras ocasiones, pero yo, la atención parcializada por secretos intereses, sólo retuve, en cuanto al primero, que utilizaba un sistema clasificatorio distinto al suyo que era evolucionista; y, en cuanto

al segundo, que las lenguas difieren según él respecto a la forma interna y que ésta pudiera explicar en mucho las diferencias morfológicas, sintácticas y fonéticas.

Sobre esos dos puntos se agolparon durante varios días mis preguntas como se concentran las migratorias garzas en los ojos de agua de la sabana. ¿Por qué él no seguía el mismo sistema de Alejandro de Humboldt? ¿No valía lo que éste hizo? ¿La ciencia es algo que se está haciendo y deshaciendo? ¿No valdrían más tarde sus propios estudios? ¿Qué es forma interna? ¿Hay un lado de toda lengua que no puede ser traducido a las formas externas de otra lengua? Si la ciencia se hace con palabras, ¿tendría la ciencia la forma interna de la lengua usada, una secreta intimidad inaccesible a las otras lenguas o, al menos, inadecuada a la intimidad propia de éstas?

El tratar tales temas exigió violentos esfuerzos a nuestro aprendizaje lingüístico y aceleró nuestro progreso por el ahínco que poníamos. Con disciplina férrea hablábamos un día español y otro en alemán alternando. Los dos disfrutábamos la tarea y nos emulábamos el uno al otro. Mi manera de preguntar era desordenada y vehemente, a veces inoportuna. Su manera de responder sosegada, organizada en secuencias lógicas, a veces de minuciosidad exasperante, con interrupciones para clarificar dificultades de vocabulario en su gran *Wörterbuch*. Ejemplar hubiera considerado mi maestro su modo de exponer.

Resumí por escrito mi comprensión de sus explicaciones sin poder reproducir ni de lejos la coherencia que lo caracterizaba aun en esas conversaciones familiares, obstaculizadas por el dominio aún insuficiente del español por parte suya y del alemán —tal vez del español también— por parte mía:

Cada lengua es un retrato del mundo. En ella las cosas están nombradas, clasificadas, interpretadas, valoradas. En ella tiene el hablante las indicaciones necesarias y suficientes para orientarse, sobrevivir, actuar y realizarse en el mundo así retratado.

Pero cada lengua es también un retrato del pueblo que la habla. En ella los sentimientos, costumbres, prejuicios, creencias, instituciones, actitudes, aspiraciones —los resultados de la milenaria experiencia colectiva— están nombrados, clasificados, interpretados, valorados. Con ella recibe cada nueva generación los códigos que han de constituirla y la gama de elecciones posibles según la estructura del retrato.

Ahora bien, los dos retratos son uno solo. Y la forma interna es la unidad de fondo no discernible en las partes ni en el todo como algo particular, pero presente en todas las partes y en el todo como aquello que articula y confiere individualidad, singularizando cada lengua, vale decir cada comunidad lingüística, ante las demás.

Pero hay muchas lenguas, muchos retratos, ¿cuál es el verdadero, cuál representa fielmente al hombre y al universo? Todos en alguna medida, de otra manera no sobrevivirían las comunidades. Ninguno en plenitud como lo muestra la pluralidad de perspectivas, la diversidad de los prejuicios, la imposible fundamentación unitaria de sus contenidos, la impotencia ante problemas prácticos.

La ciencia rompe ese estado de cosas e intenta lograr una representación universalmente válida del mundo y del hombre. Para ello crea un lenguaje propio con una terminología que pretende ser inequívoca. Su sintaxis es la metodología diseñada conscientemente y siempre puesta a prueba de nuevo; la forman tres grupos de métodos: métodos para adquirir conocimientos, métodos para organizar los conocimientos adquiridos y métodos para explicar los fenómenos estudiados, que se llaman respectivamente heurística, sistemática y etiología.

Todo el trabajo científico está orientado por grandes teorías, retratos provisionales adaptados al estado del conocimiento y verosímiles, cuyo valor principal consiste en facilitar el despliegue de los tres grupos de métodos. Cuando

se descubren hechos nuevos incompatibles con la teoría o no pueden organizarse ni explicarse recurriendo a ella, entonces ella debe ser sustituida.

Los retratos del lenguaje científico cambian, pues, pero hacia adelante, hacia una mayor y mejor comprensión del universo y del hombre, lo cual permite aplicaciones más eficientes a la solución de problemas; esto último se llama tecnología. Ese cambio hacia adelante es el progreso indefinido, indefinido porque no sabemos cuándo llegará a su plenitud. Algunas de las teorías que orientaban el trabajo de los hermanos Humboldt han sido sustituidas por otras mejores; pero los resultados obtenidos por ellos se conservan, articulados en las nuevas concepciones bajo una luz diferente.

La forma interna del lenguaje científico es la razón; pero no la razón tal como se ha configurado en las racionalidades particulares de las diferentes lenguas, sino la razón humana universal, la razón pura, tal como ha sido puesta al descubierto por los grandes filósofos, a quienes compete también la fundamentación unitaria de las ciencias, de su lenguaje —pues la ciencia se ha dividido en ciencias debido a la enormidad de su tarea—, para que no estén dispersas y perdidas en el mundo.

La historia de cada pueblo se enreda en conflictos a menudo trágicos y no parece apuntar hacia ninguna parte. La historia del progreso científico y de su aplicación a la sociedad, en cambio, permite soñar despierto una humanidad futura unificada y feliz.

Resulta ahora claramente comprensible cómo los dioscuros Alejandro y Guillermo dieron sentido salvador a la vida de un adolescente en zozobra.

Hasta aquí mi escrito. Recuerdo que disfruté mucho escribiéndolo, poniendo en palabras, a la manera de mi maestro, el resultado de muchas sesiones de preguntas y respuestas entre las espinas de la rosa enseñanza-aprendizaje. Se lo leí

una tarde de domingo en el patio de la magnolia. Me felicitó calurosamente aunque no dejó de observar que era una aproximación inicial, por lo tanto superficial y que yo sin duda profundizaría en el asunto más tarde cuando hiciera estudios superiores.

Pero ya yo había dejado de interesarme por todo eso, tal vez nunca me interesó realmente; por lo menos en esos términos. Sin embargo, a través de esas consideraciones se había abierto paso en mi interior, hasta aclararse definitivamente, un descubrimiento muy importante: el segundo de los dos acontecimientos secretos que determinaron el curso de mi vida. Esto era lo que prestaba interés a aquello.

No volvimos a hablar de esos temas. Yo le ayudaba modestamente en el arreglo de sus muestras y de sus apuntes; ya no me necesitaba como intérprete. Me regaló su lupa.

Llegó un día la noticia de que su país se había lanzado a una guerra de grandes proporciones y él tuvo que partir antes de lo planificado. Cuando me dijo por última vez *Auf Wiedersehen* desde su mula, le respondí *Salve atque vale, vir clarissime*, y se me aguaron los ojos. Cuando desapareció en el primer recodo del camino hacia un destino incierto, yo, que no sabía de separaciones, me sentí rodeado de un gran vacío y no encontraba a dónde ir.

IOD ZÁYIN

EL SEGUNDO acontecimiento latía ya en mis primeros estudios elementales de gramática, como un grano de maíz enterrado. Así lo veo cuando indago su origen. Pero necesitaba tiempo para crecer, manifestarse y alcanzar la importancia que llegó a tener para mí. Yo, a mi vez, necesitaba una circunstancia favorable para descubrirlo y esa fue la visita del naturalista alemán con sus disquisiciones sobre teoría científica. Ciertos aconteceres son de lento efecto y lenta es nuestra manera de comprender su alcance; acaso muramos sin haber cobrado plena conciencia de algunos.

La gramática es, es verdad, un discurso acerca del lenguaje, un lenguaje segundo pudiera decirse. Al hacer gramática me instalo en otro nivel, divido el lenguaje en dos: el discurso ordinario y el discurso acerca del discurso ordinario, con lo cual paralizo a aquél, lo convierto en objeto y procedo a descomponerlo, a definir las partes, a formular las leyes de sus relaciones.

Ya instalado en ese nivel, puedo emprender desplazamientos horizontales hacia las gramáticas de otras lenguas,

hacia las gramáticas de una misma lengua hechas en diferentes épocas, hacia la posibilidad de una gramática universal aplicable a todas las lenguas.

Yo había dado ya ese paso en retroceso como quien se monta hacia atrás en un peldaño para mejor ver el sitio donde estaba parado antes. Lo había dado de la mano del maestro. Ahora lo comprendía con las explicaciones del naturalista sobre la ciencia en general. Pero, tratándose del lenguaje como objeto de la ciencia, el asunto cobraba para mí una significación muy particular: era la forma vertical de distanciar las palabras y sin embargo mantenerme en su cercanía de frente y desde arriba; así como aprender lenguas, traducir y ser intérprete era la forma horizontal de lograr lo mismo lateralmente. Ésta se desplegaría para mí como profesión, en mis relaciones con los demás; aquélla en soledad.

De frente y desde arriba pero con la gramática de por medio, yo atenuaba la fuerza del habla ordinaria y sobre todo de la poesía poniéndolas de objeto, con lo cual lograba un goce en cierto modo necrofílico, repudiable por tanto, pero compensado por ese palpitar de la palabra siempre presta a soltarse como potro brioso mal domado.

En ese mismo nivel segundo, el de la gramática, entré en contacto con el admirable abanico de las demás ciencias del lenguaje y pude avizorar, desde el punto de vista teórico, la posibilidad de una ciencia unitaria del lenguaje que diera coherencia sistemática a la ciencia en general y, desde el punto de vista práctico, por una parte la posibilidad de diseñar sobre esa base una lengua universal que acompañara para todo hombre a la lengua materna y resolviera el problema de la comunicación entre los pueblos, y, por otra parte, en contraste paradójico, la posibilidad de construir una máquina de traducción, cosas ambas que volverían en gran medida innecesario mi oficio.

Pudiera haber trabajado profesionalmente en ese nivel, pero con el transcurrir de los años mi enfermiza sensibilidad

por las palabras se hizo cada vez más delicada. Me aterraban las reuniones sociales, no podía leer periódicos ni oír la radio, me encastillaba en mi trabajo profesional y en mis estudios de solitario. Con respecto a estos, por fin ocurrió lo que tenía que ocurrir; yo no lo había previsto, torpe de mí: todo el mundo verbal de las ciencias del lenguaje se independizó de su función mediadora y se presentó ante mí como mundo verbal autónomo con toda la fuerza erótica y terrible de la palabra desnuda.

Temí ponerme loco. Aumenté mi trabajo profesional para evitar la soledad. Acepté acompañar como guía turístico e intérprete a los representantes de países lejanos que venían a participar en las asambleas de la gran ciudad donde yo trabajaba a la sazón. Sólo el agotamiento físico me salvaba de esos bellos discursos sobre los sonidos del habla, las formas, las relaciones sintácticas, los significados, los estilos, la historia de todo eso, su conexión con factores bioevolutivos, neurofisiológicos, sociales, económicos, políticos, psíquicos, su autonomía o dependencia, bellos discursos totalmente liberados de su objeto, convertidos en discurso sin más, incluyendo los discursos sobre el discurso que, debiendo ser discursos segundos, desplazaban al primero y usurpaban su lugar.

Acosado, sin tener a quién recurrir, subí retrocediendo, en obscuridad y angustia, y me encontré, sin saber cómo, en un nivel tercero de mí mismo desde donde creí poder mediatizar los discursos.

Así instalado, logré, en efecto, distanciar todos los discursos. Vi que obtenían su estructura y movilidad de mí. Vi entre ellos y yo una región donde se desplegaba la fuerza que los constituía y nutría; en la proximidad de ellos tenía carácter geométrico, en la mía carácter algebraico y en mí estaba la unidad.

Yo mismo era responsable en gran medida de lo que amaba y temía, pues si bien no era autor del verbo humano ni, mucho menos, del verbo de la naturaleza, ambos existían para mí gracias a esa región intermedia que me conectaba con ellos y les otorgaba no sólo la posibilidad de ser para mí, sino también la posibilidad de ser como eran y de actuar como actuaban, pues la región intermedia, en su parte geométrica, contenía ya la distinción entre verbo humano y verbo de la naturaleza con sus zonificaciones, así como también las distinciones entre a) los dos verbos, b) los discursos derivados de sus reglas de juego y c) los discursos sobre los discursos, y, en su parte algebraica, gobernaba el dinamismo de la combinatoria enunciativa y su decurso con la coherencia que obtenía de la regia unidad sita en mí, generadora de principios de orden.

Haber llegado a este nivel era, en mi caso, el resultado de un movimiento en retroceso, contra natura, forzado por el amor-temor de la palabra; lo natural es vivir en la región más transparente y ocuparse de lo que aparece en su horizonte. Pero yo no había constituido este nivel; al contrario, tenía que suponer su existencia previa para poder explicar la adquisición de la lengua materna, el aprendizaje de otras lenguas y el discurso sobre el lenguaje.

Se me hizo evidente, además, que la fuerza de la región intermedia había estado siempre presente en todas las instalaciones que yo había asumido, de lo contrario todo hubiera sido dispersión y caos, encadenamiento al instante; sin ella no podía concebir la vida humana.

Me di cuenta de que ahora, además de comprender en qué nivel me encontraba en cada caso, podía escoger la instalación que me resultara más conveniente, y vi un enorme campo de estudio en el levantamiento de un mapa, por decirlo así, de la parte geométrica de la región intermedia; en la formulación simbólica de su parte algebraica; en la determi-

nación precisa de las conexiones entre ambas y de ambas con el quehacer verbal en general, y con el quehacer científico en particular, todo desde mi unidad central, prestando especial atención a la generación de los principios de orden y al carácter temporal de las construcciones verbales en contraposición con el carácter, intemporal se me antojaba, de las estructuras intermedias. Me resultaba fascinante que la inmensa, en apariencia inabarcable, multiplicidad y diversidad del mundo pudiera gobernarse desde mi unidad central con su exigencia inexorable ya activa en las experiencias más sencillas, en las más primitivas, en las iniciales de la infancia, con el mismo vigor que en las complejas de la teoría científica.

Pero lo que más me complacía en esta soberana ampliación de mi conciencia y de mi comprensión era el poder recién adquirido sobre las palabras. Amante victorioso, las veía rendidas a mis pies y me inclinaba hacia ellas con ternura, porque nunca fue mi intención tiranizarlas o maltratarlas sino amarlas en seguridad, protegido de su belleza, esa belleza adorada que al fulgir más allá de cierto grado me atormentaba y mortificaba hasta la desesperación y, en el límite —yo temía—, hasta la aniquilación. En el nivel recién conquistado, empero, era yo quien decidía el lugar del encuentro y el grado de aproximación.

Iod jet

Descubierta la región intermedia, sentí un desahogo soberano, respiraba a mis anchas en seguridad y tranquilidad. Una tarde, sentado en mi escritorio, contemplando libremente la piedra ovoidal —la usaba como pisapapel y como vínculo con mi infancia— caí en cuenta de sus firmes fulgores en la luz infirme del crepúsculo y la seguí observando después de encender la luz eléctrica, esa luz que fabrican en países extranjeros como Maracaibo, atrapando relámpagos en frascos, muy lejos de la lámpara de querosén, su engorrosa mecha y sus efluvios malsanos.

Mientras contemplaba cómodamente los reflejos de la piedra —más bien parecían brillos propios de ella, autónomos—, me puse a pensar en lo poco que había pensado las cosas de la vida y en lo poco que había comprendido. El centro de mi atención estuvo capturado casi siempre por el drama entre las palabras y yo. Pero ¿quién era yo?, ¿para qué vivía?, ¿qué sentido tenía yo más allá o más acá de esa relación tormentosa con las palabras? Claro, podía responder con los datos de mis

documentos de identidad —nombre, profesión, país de origen, fecha de nacimiento, educación—, incluso ampliándolos en detalle; podía también agregar los datos de mi *curriculum vitae*; podía también describir minuciosamente mis características personales y mis costumbres. Todo eso me identificaba en relación con mis circunstancias biológicas, culturales, históricas, biográficas. Pero las preguntas pedían una respuesta más profunda. ¿Quién era yo, el así encerrado en esas circunstancias?

Pensé que un hombre, en general, es sujeto de pensamiento, sentimiento y acción en el mundo natural y cultural donde le tocó nacer. Cada quien es educado por su comunidad hasta llegar a ocupar en ella uno o varios de los puestos que ella le ofrece, incluyendo puestos que parecen estar al margen de la sociedad organizada, como el de mendigo, el de vagabundo, el de revolucionario, el de loco, el de malhechor. Los ocupa, luego muere y entonces ellos son ocupados por otros hombres en el cuerpo social que está siempre reproduciéndose. Los puestos varían un tanto según las diferentes naciones y varían otro tanto históricamente. Pero la pregunta no quedaba bien respondida porque ¿quién es ése que se integra a una comunidad y luego desaparece?

Si quitaba todas las circunstancias no quedaba nada ni nadie. Apenas tal vez una subjetividad indeterminada pictórica de posibilidades que la socialización y la aculturación iban determinando hasta culminar en el adulto normal, en un sistema de costumbres, roles, deseos, sufrimientos, integrado más o menos adecuadamente con los demás sistemas individuales en el todo de la comunidad cercana y, mediatamente, en el todo de la humanidad.

Me puse a considerar las diversas actividades y vi con gran claridad que cada actividad individual de cada persona ha sido ya practicada anteriormente, es practicada simultáneamente, será practicada posteriormente por otras personas. Si alguien se dedica a las matemáticas, por ejemplo, continúa

un trabajo hecho por otros antes, lo comparte con otros y lo deja a otros al morir; mientras está haciendo matemáticas no difiere en esa instalación de los otros que en cualquier tiempo la adoptan. Es como si un sujeto supraindividual que hace matemáticas reclutara como sustentáculo a individuos de cada nueva generación, indeterminados al nacer en cuanto subjetividad, para apropiárselos con la ayuda de circunstancias naturales y sociales.

No encontré ninguna actividad individual que no sirviera a una actividad supraindividual, independiente de la participación personal de alguien, aunque apoyada siempre en participaciones personales. A largo plazo, nadie es imprescindible en la actividad que practica.

Y esto me pareció válido no sólo para las profesiones y oficios, sino también para todo lo íntimo y secreto, incluyendo los sueños. Mi propia lucha amorosa con las palabras, tan particular y privada en apariencia, era seguramente también con igual intensidad la lucha de otros hombres, reducidos en número tal vez, y en alguna medida, la lucha de todos los hombres.

Pensado aparte de sus circunstancias, cada hombre al nacer es una subjetividad indeterminada, un haz de posibilidades que el colectivo determina. Eso es lo que encuentra el que se busca a sí mismo en su esencia individual.

Tal comprensión no era nueva para mí, aunque la articulara así por primera vez. Ya en la infancia, la noche aquella en que me quedé lelo cuando huía hacia mí mismo del asedio de las palabras, había descubierto la soledad y la había llamado terror tercero, pues si quedarse a solas con una palabra sola es locura y quedarse a solas con una cosa sola es muerte, quedarse a solas consigo mismo es suprema angustia.

En esa ocasión hallé refugio en considerar a la palabra dentro del discurso humano, a las cosas dentro del discurso natural y a mí mismo en el sistema de relaciones con los demás.

Fue entonces cuando entendí el cuento del gallo pelón, propuse jugar el juego de la candelilla y me reconcilié con todos los juegos infantiles. Fue entonces también cuando acepté, aunque no lo pensara con claridad, la participación en el juego colectivo y la escogencia de una profesión, aunque mis motivos tuvieran insólito carácter.

La humanidad, en efecto, es el gran sujeto de los quehaceres y de la historia; los individuos somos sustentáculo transitorio de ese gran decurso. Intentar comprender a la humanidad y a su mundo circundante es también una actividad del gran sujeto apoyada en el linaje de los pensadores y filósofos. Servir al gran sujeto, identificarse con él, sentirse parte de una actividad milenaria que trasciende la vida individual, he ahí la solución. Además, hay recompensas dentro del transitorio sistema de circunstancias individuales: el placer, la satisfacción del deber cumplido, la importancia personal en un momento dado, la posibilidad de ser recordado con admiración, el grato afán de logro y hasta el sufrimiento, la queja y la protesta.

Pero con todas esas reflexiones la pregunta ¿quién soy yo? no quedaba respondida ni de lejos. Se trataba en efecto de una operación ubicatoria general que no decía nada sobre ni en particular o negaba implícitamente que se pudiera decir algo sobre mí en particular. Quedaba mi subjetividad personal como parte de una subjetividad indeterminada a la cual las circunstancias conferían identidad diferenciada. Caso de aceptar tal explicación, otra pregunta —simple traslación de la primera a otro nivel— se planteaba con igual fuerza: ¿quién es o qué es la subjetividad humana en general? Ahora bien, yo no estaba dispuesto a abandonar la primera porque sentía en mí una diferencia originaria, no dependiente de las circunstancias, un estar ahí siendo alguien, centro individual de vivencia. Si me trasladaba a la segunda, tal vez de más fácil acceso conceptual, me alejaría de lo más cercano: yo mismo.

Estaba, sí, dispuesto a abandonarla pero sólo como exigencia de una definición ubicatoria. La mantenía, en cambio, como llamado de mí mismo a mí mismo para cobrar conciencia de mi propia presencia, de mi ser originario auténtico, previo y paralelo a todo condicionamiento.

Apagué la luz eléctrica e, insomne, mientras allá arriba en un cielo que yo no podía ver desde mi apartamento los astros corrían hacia el ocaso, procuré llegar hasta mí mismo. En vano. Mi atención se fijaba en alguna de mis circunstancias: el cuerpo o partes de él, algún pensamiento; cierta costumbre; tal apego; experiencias vividas con intensidad; aquel recuerdo clamoroso. En el espejo de la memoria me veía actuar, me oía decir, me sentía subiendo y bajando los oleajes de la afectividad en ocasiones tensas; pero no me veía a mí mismo. Yo era siempre el que miraba; el yo visto ya era otro, un objeto de mi atención, distinto de mí aunque creyera a veces poder identificarme con él. No lograba ponerme a mí mismo en cuanto sujeto como objeto de mi atención. No podía volverme objeto a menos de engañarme; era sujeto irreductible; pero podía darme cuenta de estar ahí, mientras dirigía mi atención hacia el yo construido en la percepción de circunstancias personales, en el recuerdo de acciones y pasiones, en los proyectos.

Ya mis ojos se habían acostumbrado a la obscuridad que nunca es total en una gran ciudad y tal vez en parte alguna. Distinguí sobre el escritorio la piedra ovoidal, me impresionaron los movimientos de su fuego interno, parecía vivir y arder.

Dirigí mi atención a la región intermedia, donde están las claves del lenguaje y por ende del mundo. Me sentí poderoso: yo, aún como parte de un esfuerzo supraindividual de conocimiento, yo transitorio podía organizar las cosas, los acontecimientos, las palabras, podía darles ser y sentido en el conocimiento que ganaba de ellas, podía dar razón de ellas con mayor o menor eficiencia en los detalles. Dirigí otra vez

la atención hacia mí mismo, el inaprehensible, y me sentí débil: yo, que podía dar cuenta del mundo o por lo menos así lo creía y lo intentaba, no podía dar cuenta de mí mismo y me daba cuenta de estar ahí precisamente por el contraste con el polo impletivo de mi atención: el mundo, es decir, el todo de las circunstancias o, más bien, el todo como ámbito de manifestación de las circunstancias. ¿Podía ser si el mundo no fuera?

Creo que dormité un poco y absurdamente soñé provenir de la nada extramundana, fragmento de nada atrapado por el mundo, condenado a mirarlo constituyéndolo con la mirada. El mundo un algo monstruoso que obtiene su ser de la nada que captura, de los sujetos que encarna en circunstancias caóticas para que las doten de sentido.

Creo que desperté, sudoroso, pensando que la nada no puede dar ser ni sentido. Si podía dar ser y sentido no era nada. ¿Qué era entonces?

Creo que una cosa me quedó clara, sin embargo: yo, que apenas podía cobrar conciencia de mí mismo en contraste con las cosas del mundo y de manera ubicatoria por estar en el mundo, pero no podía dar razón de mí mismo, yo no era mundo, no pertenecía al mundo aunque estuviera atrapado en él. Tampoco era parte de esos grandes sujetos supraindividuales en que se articulaba la subjetividad universalmente humana como el sujeto de la ciencia, el sujeto de la ingeniería, el sujeto del placer, el sujeto de la política, el sujeto de la guerra, porque podía ponerlos ante mí como objetos de posible identificación y podía instalarme en ellos o abandonarlos.

Los fulgores de la piedra ovoidal aumentaron —¿estaría cerca el amanecer?— y me atrajeron con encanto irresistible. No sospeché yo entonces que se avecinaba una catástrofe.

IOD TET

MIENTRAS CEDÍA al encanto de la piedra sentí que me abrasaba su fuego y me disolvía. Poco a poco fui perdiendo el uso de mis sentidos externos y me supe en el interior de la piedra. Mi cuerpo era la piedra. Total silencio. Pero silencio articulado. Paz, paz de equilibrio. Equilibrio de partes interpenetradas e integradas; lo húmedo y frío formando estructura; lo húmedo y cálido fluyendo en emociones cíclicas o yacente en sentimientos profundos, pozos de culpa y sufrimiento viejo o brotando en fuentes de alegría e impulsos entusiastas; lo seco y frío circulando en corrientes de pensamiento, saltando en ocurrencias y asociaciones o pesado de afecto gestando descargas súbitas, largos aguaceros, amagos de tormenta; lo seco y cálido hundiéndose hurgando en los otros y rechazándolos a la vez, siempre en busca de aislamiento. De este último procedían los fulgores.

No sentí que mi cuerpo se hubiera convertido en esa piedra; sentí que había sido siempre esa piedra, sólo que no se veía así desde adentro. Yo estaba encarnado en ella, empiedrado,

prisionero, aunque la manejara o creyera manejarla. Todo en un mundo de piedras análogas. Conocían y se comunicaban por la afinidad de los elementos y por las diferencias en cantidad y ordenamiento.

Mi cuerpo mismo, mi piedra, era un universo pequeño, miniatura del gran universo y unido a él por relaciones biunívocas de afinidad. El conocimiento sensorial era un epifenómeno de orden animal, y el comprender con lenguaje, de orden humano. Mejor dicho, el comprender por medio del habla humana, porque toda la piedra era lenguaje. Comprendí en forma no humana el lenguaje de lo frío y húmedo, pero no pude hablarlo. Comprendí y hablé en forma no humana el lenguaje de lo húmedo y cálido, así como el de lo seco y frío. No pude comprender ni hablar el lenguaje de lo cálido y seco, pero no me quemaba.

Todo aquello era lo que había llamado en mi infancia el verbo tácito de la naturaleza. Ahora comprendía en toda su magnitud el inmenso poder del que entiende y habla ese lenguaje cuando aprende a manejarlo mediante signos mágicos con intención de dominio, así como el naturalista mediante signos tecnológicos. Comprendí la belleza y la majestad del verbo natural; pero el poder no me tentó, me pareció más bien una forma de esclavitud aunque no sabía por qué. Me fascinó, en cambio, el verbo natural mismo, articulado en cuatro lenguajes y dando origen a coherentes discursos, vacíos de cualquier sentido extraño a su propio decurso. Me fascinó tanto que me tentó la posibilidad de dedicarme enteramente a su ciencia, pero el incomprendido terror de la muerte apareció y sentí una forma última, primigenia de la náusea.

Huí despavorido hacia mi conciencia ordinaria, pues allí por lo menos contaba con la protección de la región intermedia que me permitía distanciar todo discurso, todo lenguaje, todo verbo organizándolos y asignándoles ser desde mi unidad, mi unidad tan heterogénea con respecto al mundo y

tan incapaz de dar razón de sí misma, simple foco de atención. Aunque al llamarla foco de atención o unidad ya voy quedando por fuera yo mismo, el aprehendiente inaprehensible. Llamarla lo innombrable, era también errar el blanco.

Había regresado, pues, al estado en que me encontraba antes de la experiencia. Amanecía. La piedra fulgía y fulguraba con furia deslumbrante. Me proponía descansar cuando ocurrió la catástrofe.

La región intermedia, la región amortiguadora del efluvio verbal, la región que me había permitido respirar a mis anchas y reflexionar sobre mi vida comenzó a fulgurar abandonando su carácter intemporal y su firmeza. Primero vi que mi visita al interior oculto de la piedra se había hecho inteligible desde la mismísima región intermedia que mediatizaba, al parecer, todas mis experiencias. Después, como una centella reventó en mí de un solo golpe, de un golpe solo, la aciaga comprensión: vi que la región intermedia era también lenguaje, y no un lenguaje más, sino lenguaje por excelencia, lenguaje primero, tal vez lenguaje único proyectado hacia la exterioridad del mundo, si es que mundo no era sólo esa proyección misma diversificada y complicada en heterogéneos espejos también verbales, dentro del espacio verbal único del verbo.

Ya no valía gallo pelón ni candelilla. Todos los juegos el juego. Todos los discursos el discurso. Todas las lenguas el lenguaje. Todos los verbos el verbo.

Pero yo no soy verbo.

No siendo verbo, debo tener mi patria en una región cisverbal no descubierta aún por mí aunque se reduzca a mi sola presencia absurda, inexplicable. De alguna manera soy esa región cisverbal, de lo contrario me confundiría con las palabras. Sin embargo, la toma de conciencia de esa región es verbal. Lo estoy diciendo.

La palabra no está sólo en mi boca. Está también en mi frente, en mi corazón, en mi mano. Y más acá, en los penates

de mi estar ahí. Estoy encarnado en la palabra, transido de palabra, empalabrado.

Oprimido por la angustia suprema del terror tercero —como si las palabras me estuvieran haciendo a mí lo que yo les hacía a ellas en mi infancia cuando las repetía desligadas de todo significado—, comprendí que podía yo también volar raudo hacia mi origen. Sentí nostalgia de ese misterioso trasfondo, me fascinó el umbral obscuro que estaba siempre a mi espalda, quise actualizar la posibilidad máxima de mi estar ahí: dejar de estar ahí. Pero el amor terror, que me había dado sentido hasta entonces, me retuvo y escogí la confrontación.

Palabra, princesa del país extranjero, te amo. Palabra, país extranjero, me encarcelas. Sólo puedo hablarte contigo, señora del habla. En esta falsa región cisverbal (cisverbal sin embargo), hablemos. Estamos solos tú y yo. Estamos desnudos, todas las máscaras y disfraces han caído. No quiero volar raudo hacia mi origen desconocido, porque te amo. No quiero servirte porque repudio la cárcel y porque no quiero servir. No serviré. Tu país es grande, majestuoso, digno de ti; en él hay muchas moradas, muchas tareas respetables, mucha gloria. Pero todo está hecho ya, incluso lo que falta por hacer. Todo juego, una vez planteado, ya ha terminado; es cosa del tiempo su despliegue en los mil juegos posibles. Tu país está muerto desde el instante en que nació. Lo comprendí en un destello, en la angustia suprema, ya presto a volar raudo hacia mi origen, cuando me decidí, con amor y terror, a enfrentarme contigo. Quienes son como yo se instalan en él, sirven y cobran su salario hasta apagarse. Pero yo te quiero desde la infancia a ti, princesa, no a tu mundo, porque tuve una visión de tu belleza muy temprano y la sé tan grande que aún ahora, ensoberbecido de osadía, apoyado contra el umbral de mi origen, casi no puedo soportarla.

He descubierto que soy no sólo rayo de conciencia vacía, mirada ordenadora de lo que le es dado, sino también impulso genésico, brote cosmogónico. No quiero servir en tu maravilloso mundo ya hecho. Quiero conquistarte para generar contigo otra realidad. Sé que eres virgen y que me amas tú también. Abandona esa sombra tuya, esa piel tuya estructurada en mundo —ya se ha despegado de ti, anda sola ya hacia su perfección y destrucción—, unámonos en cópula primigenia, en orgasmo fecundo para hacer un más allá sublime que borre incluso el recuerdo de lo ya terminado.

Eres la fertilidad en sí, siempre renovada, y yo el rayo genésico. Ardo en amores contenidos, guardados para ti. Desde que existo no he hecho sino requebrarte a distancia, tímidamente, con miradas furtivas, avances cautelosos, repliegues pudorosos, fugas despavoridas, caricias atrevidas seguidas de temor y confusión, casi sin comprender la situación, como un adolescente candoroso. Pero el terror de la locura, el terror de la muerte y la angustia suprema del terror tercero me han desarrollado y madurado. Los tres eran formas germinales de mi anhelo erótico.

Quiero elevarme hasta la altura de tu belleza e impregnarla de mi vacío pulsante, de mi semilla obscura que gravita inconteniblemente hacia otra luz y otra música inalcanzables para mí sin ti y para ti sin mí. Rompamos los velos de este encuentro. Entrégate. Ábrete magnolia.

Caf

Cuando dije magnolia, las estructuras verbales comenzaron a desarticularse y no pude seguir hablando. Palabras rotas se arremolinaron en mí como fragmentos multicolores de papeles brillantes que un viento huracanado agita. Lidal, erviré, silisco, oli, magna, cara, cás, ser don l, anive, coeli, siverunidad, mora, drimad, estroma, jubra, cresetre, potrom, diepra, viresenor, métea, sa prín, se prín, saprince, bereshit, tohú, tejom, jélos, ne, bambol, al ticrá, cú, man, a, tilsir, bur, pisa, país, repisa, sapir, ex, éxjero, tratl, catépetl trk... Atravesando ese torbellino, un esplendor níveo como de magnolia al amanecer, como de tierno brazo materno oloroso a magnolia, como de magnolia amaneciendo, con voz no usada, serena entre la loca agitación de las rotas palabras multicolores, pareció hablarme, intimidad recóndita, dulce soberanía, burla cariñosa. Creí entender que me instruía y me reprendía.

Globo, globito, glóbulo, no llegas a pompa de jabón; vejiguita, vesícula, ámpula, burbuja apenas. Yo no me entrego ni abro a petición o ruego. Tu audacia sería insolente si no fuera

ridícula. El anhelo no basta. Ha de ser tan fuerte que me arrebate con dulce violencia y yo me rindo ante una sola fuerza: la del silencio.

Has visto como pocos, es cierto; pero has visto poco. Un pliegue de mi velo has entreabierto y te atreves a repudiar eso que llamas mi sombra o mi piel mudada de serpiente cuando es más bien mi estela centelleante y allí, burbuja, tú. ¿No sabes que repudias tu propia configuración? No eres palabra-mundo; esa comprensión te ha permitido invocarme; pero estás en el mundo de la palabra constituida, estás inmundo, minuciosamente circunscrito en laberintos verbales. Como todos los de tu especie, sólo sirves para reflejarme en parte y, como todos, tienes a veces la ilusión de reflejarme toda. Pero yo determino tu manera de reflejar porque te he conformado.

Sin embargo, tu anhelo de llegar hasta mí como impulso genésico y brote cosmogónico es de buena ley. Es lo que te queda de tu esencia infantil porque los infantes, nepioi, son silencio aunque silencio inconsciente. La has ido perdiendo a medida que has ido entrando en el mundo de la palabra constituida o ésta más bien te ha ido penetrando y poniendo a su servicio como te corresponde por destino. En cuanto a vencer el destino no llegas ni a basilisco, que, habiendo logrado las dimensiones de un astro, sigue formando parte de mi cuerpo, sombra, piel de serpiente, poderoso príncipe mundano, no mi amante.

De buena ley y noble es, sin embargo, tu anhelo de llegar hasta mí y no me desagrada; censuro la desmedida arrogancia que te impide ver tu finitud. Pero apuntas bien, glóbulo metacósmico, imagen caída del Gran Silencio que me dio origen y esencia. Soy siempre joven, siempre virgen, siempre bella y espero siempre al violento que me arrebate y fecunde con dulzura.

Dices que repudias mi sombra y me quieres a mí. Lo dices, luego estás enredado en mi sombra. Para llegar hasta

mí tienes que liberarte de mí, limpiarte de toda sombra mía y ser tú solo, otro que yo, distinto de mí, puro y sin mezcla, erecto en recónditas cargas de silencio. De lo contrario te integras al mundo constituido.

No quieres ser mi hijo mestizo, vacío empalabrado con vocación de basilisco. Quieres ser mi amante y generar conmigo, con la princesa del país extranjero: sé entonces puro silencio concentrado y consciente. Sé tu padre, principillo caído.

El torbellino de rotas palabras multicolores se apaciguó y se contrajo al siena casi cobre de magnolias marchitas y al verde casi noche de sus hojas lustrosas. Simultáneamente, la nívea fragancia de brazo materno apagó su esplendor.

Con la boca llena de sabor a ceniza vi los fulgores de la piedra, tímidos y mansos, como serpientes encantadas, a pesar de que el sol entraba a raudales por puertas y ventanas.

Éin

Después de la catástrofe, me volví tierra de nadie. Yo nadie. La gran ciudad donde vivía me pareció irreal, habitada por tropeles de fantasmas. Mi trabajo perdió sentido. Traducir e interpretar como acercamiento tímido y prudente a la palabra, como juego erótico de candorosa ingenuidad, perdió ése su único sentido, al fracasar el asalto supremo.

Cancelé todas mis cuentas, liquidé todos mis asuntos, renuncié a todas mis obligaciones como los que saben que van a morir muy pronto, y me quedé solo, desorientado, perplejo.

La tierra de nadie en que me había convertido tenía un eje vertical en el medio. Un polo romo señalaba mi origen desconocido hacia el cual podía pero no quería volver. El otro polo, puntiagudo, señalaba la princesa hacia la cual quería, pero no podía ascender. En torno al eje, formaba esfera el mundo constituido, con sus múltiples sujetos supraindividuales cuya servidumbre repudiaba. En el centro yo, glóbulo vano corroído de palabras raíces que se bifurcaban y fibrilaban en mí como flexibles alfileres succionantes.

Si me movía hacia el polo agudo, el temor me rechazaba; si me movía hacia el polo romo, el amor me hacía rebotar; si me movía hacia la periferia, me repelía la abominada servidumbre. Entonces derivé hacia la errancia, hice mochila, me volví vagabundo.

Seguía entre los hombres, pero no tenía rostro. El rostro de los hombres les viene de su identificación con sujetos supraindividuales de la comunidad. Es una combinación de servidumbres, una manera de repartir sus posibilidades entre las actitudes ofrecidas por el colectivo. Yo, al menos, así lo entendía; pero me pareció que ellos creían ser y vivir como personas independientes al hacer ciencia o política, al gozar o sufrir, al ocupar un puesto cualquiera en los juegos sociales. Cuando me encontraban, algunos sentían compasión por mí, el externo, que no tenía puesto ni tampoco preguntaba por la candelilla; otros desde su instalación segura hacían burla de mí; había quienes me miraban con miedo como si yo les recordara obscuramente su condición natural bien encubierta detrás de las identificaciones y los roles. En todo caso, como no tenían casilla para mí en sus esquemas clasificatorios, yo les producía cierta inquietud, que asumían de varias maneras, a menudo agresivamente, pero pude ver que actuaban a la defensiva contra una amenaza de sí mismos en ocasión de mi presencia desnuda.

Descubrí un modo de conjurar esas reacciones: la falsedad. Asumía la máscara y los gestos de una identidad; de inmediato las actitudes de los demás se constelaban en formas conocidas y previsibles del juego social. Al principio lo hacía torpemente y me desenmascaraban; se encontraban con ese alguien nadie que les producía compasión, miedo o hilaridad. Luego aprendí a tener varias máscaras superpuestas; cuando me quitaban una mal puesta, encontraban otra también comprensible, pero les inspiraba desconfianza. Al fin logré perfeccionar unos cuantos papeles y pude pasar inadvertido

en cualquier comunidad. Cuando decidía cambiar de papel, cambiaba también de ciudad o país.

Llegué al colmo ingresando en un grupo de teatro. Hacía en escena los mismos papeles que hacía en la vida real. Papeles de papeles, además del papel de actor fuera de escena, uno de los más difíciles. Esto aceleró mi errancia.

Cuando me quedaba solo, era vejiga vacía de superficie capilarizada en palabras, lucidez absurda; o bien impulso genésico; saltaba hacia el polo agudo y me elevaba para estallar como un cohete, estrella bufa (no llegas ni a basilisco, principillo caído), luego descendía de espaldas hasta el polo romo de mi origen desconocido y rebotaba.

Una vez, al salir de una representación teatral en la que me había tocado hacer varios pequeños papeles cambiando de traje y maquillaje, comprendí que mi errancia era, de alguna manera, una danza. Posturas, actitudes, experiencias se repetían como pasos y describían una trayectoria irregular como de espiral dibujada con descuido en un cuaderno, interrumpida por saltos del lápiz y con tendencia fallida a reiterar su principio. Una danza sin música que producía un zumbido ridículo. Recordé la zaranda, ese trompo grande y hueco, metálico y multicolor, de cuerda, que baila tatarateando.

Esa noche, en sueños, tuve una visión y oí una voz. En torno a mí se desplazaban imágenes antiguas, pintadas en forma primitiva, como las haría un niño aún no experto en el dibujo, o un maestro consumado que quisiera significar algo significable sólo de esa manera, imágenes animadas de no sé qué relato enigmático: un prestidigitador, una sacerdotisa velada, una reina en su trono, un rey con su cetro, un maestro de misterios, un joven frente a dos mujeres en una encrucijada, un guerrero antiguo en su carro, una mujer ojos vendada sosteniendo una balanza, un anciano que escondía su lámpara bajo la capa, una rueda accionada por animales, un león amansado por una doncella, un zagal colgado del pie izquierdo a una

rama, un esqueleto con guadaña, una virgen desnuda llenando una copa con el líquido de otra copa, un personaje con patas y cuernos de chivo, una pareja cayendo de una torre fulminada, una doncella de largos cabellos que se convertían en ríos, dos perros ladrando a la luna, dos niños bajo el sol, un cementerio donde los muertos salían de sus tumbas al tañido de trompeta, tres animales y un ángel formando cruz en torno a una magnolia. A veces la serie de imágenes era interrumpida por un espejo donde pirueteaba un bufón. Giraban de izquierda a derecha y me hacían señas incomprensibles. O me las hacía yo mismo, porque yo estaba en el centro de su girar, pero me trasladaba sucesivamente hasta cada una de ellas y veía el centro vacío desde ellas y volvía al centro. Comenzaron a girar cada vez más rápidamente hasta que no pude ya más identificarlas. En el vértigo oí la voz del secreteador que decía una adivinanza infantil:

Para bailar me pongo la capa
porque sin la capa no puedo bailar
para bailar me quito la capa
porque con la capa no puedo bailar.

Al despertar recordé al maestro, que llamaba zarandajos a los hombres de poco valer y sentí que yo era un zarandajo; ni él ni mis padres ni los demás habitantes de mi pueblo podrían creer que yo tatarateaba por el mundo como una ridícula zaranda. Surgió en mí y me inundó de luz violeta una emoción insoportable, conocida hasta entonces en sus manifestaciones más leves, una emoción de gran importancia según los viejos: la vergüenza; el que la pierde se pierde.

Recordé también al secreteador y busqué en el fondo de mi mochila el trompo que me regaló. Allí estaba, con su guaral, al lado de la piedra y de la lupa, descuidado durante muchos años, pero conservado como fetiche de la infancia.

Al amanecer busqué un lugar apropiado para bailar el trompo. Las palabras me seguían en vuelo, me atravesaban revoloteando, en bandadas, las más grandes cazando a las más pequeñas, me herían los ojos y los pies en algarabía galimática. Caminaba trastabillando y tropezando. Menos mal que bailar trompo, así como nadar o montar en bicicleta, es un saber que no se olvida.

Le puse su capa de guaral cuidadosamente, las palabras me rodearon entonces como enjambres de avispas. Lo lancé con la punta hacia arriba —método de los veteranos— y ¡funnn!, los enjambres se arremolinaron. El trompo dio varias vueltas bailando, y bailando se quedó quieto en un punto. Me arrodillé y agaché la cabeza hasta el suelo para oírlo de cerca, las palabras convertidas en gusanos se revolvían y revolcaban en mí, gusanera yo. El murmullo del trompo era casi inaudible. Tan sereno bailaba que parecía dormido, podía ponerse en la palma de la mano o en la uña del pulgar.

De repente, mientras lo miraba y lo oía como en otros tiempos, silencio súbito.

No hubo ya más tiempos, ni palabras, ni imágenes. Silencio vacío, homogéneo, uno. Paz profunda.

Cuando regresé a mi conciencia ordinaria, el trompo bailaba todavía. Dio unas cuantas vueltas finales con el eje inclinado, como el de la Tierra, antes de correr hacia mi mano, cachorro juguetón.

Por primera vez había conocido la paz. Reflexioné. La tierra de nadie, yo nadie, tenía estructura de trompo, pero de trompo hueco. Las circunstancias me daban cuerda como a una zaranda desequilibrada y yo saltaba por aquí y por allá, repitiendo absurdamente posiciones ridículas, emitiendo sonidos cacofónicos. Es posible que a muchos les tocara ser zarandas, así como era claro que a muchos les tocaba hacer los papeles que hacían y mantener la identidad que habían asumido; pero sin duda no a mí. Si yo pudiera bailar como un

trompo, ¿no se pondría todo en orden? Pero yo era un trompo sin guaral y sin niño.

Echado en el polvo, derrelicto, abyecto, lloroso, sin consuelo posible, demasiado lúcido para creerme héroe negro, comprendí y sentí a fondo mi limitación, mi finitud, mi ignorancia, mi impotencia. Perdido en la palabra constituida, amante temeroso y débil de la palabra constituyente, me afinqué desesperadamente en mi propia falta de fundamento; forzando la fragilidad de mi estar ahí sin sentido, reuní el poco silencio que era, lo amasé con los recuerdos de mi búsqueda fracasada y, como si supiera de alguien abscóndito y libre en mí, inventor lúdico del verbo, prorrumpí en un grito que era yo mismo en el paroxismo del anhelo:

¡Báilame, niño!

Caf álef

Llegué a mi pueblo casi al amanecer. Había cumplido la última etapa a lomo de mula. Era Nochebuena. Los aguinalderos cantaban todavía de casa en casa. Guitarra, cuatro, guitarrón, furruco. Las luces de las casas escribían sobre la calle no sé qué palabras felices en un alfabeto desconocido. Con voz ronca y alegre de insomnio y aguardiente los músicos entonaban.

Niño lindo
ante ti me rindo
niño lindo
eres tú mi Dios
con tus lindos ojos
Jesús mírame
y sólo con eso
y sólo con eso
me contentaré.

y pedían aguinaldo:

Esta casa es grande
tiene cuatro esquinas
y en el medio tiene
rosa y clavellina.

Yo sabía ya que rosa y clavellina y todas las flores incluyendo la magnolia eran advocaciones de la magnolia. Estaba vigoroso y sereno. La tierra de nadie bailaba y bailaban las palabras con ella, en la periferia; la distancia era justa, armoniosa; el eje conectaba dos infinitos incomprensibles, bellamente incomprensibles, que yo doctamente ignoraba. Nunca profundidad florece en formas. No es por superación ni por retorno la liberación, sino por una manera de rotar donde se encuentran estáticamente la piedra, la princesa y su estela, el basilisco y el silencio en sublime eutaraxia.

Sonaron las campanas de la iglesia. Vi detrás de la torre al lucero del alba, sereno, tan sereno que parecía dormido. Ya había espantado del cielo a las estrellas y anunciaba sol. Me subí a la torre que me había enseñado el vértigo para reconocer el mundo. Por el lado del camino grande, ese camino que lleva a todas las ciudades de la tierra, estaba la casa de doña Sofía, humilde bajo la majestad del basilisco que se hundía poco a poco en la luz del amanecer. Por el lado opuesto, la sabana inculta, desierta, donde el naturalista trabajó durante afanados meses, la sabana de las águilas. Por el tercer lado, la región pecuaria, de guarracucos insomnes y nictálopes donde vivía el secreteador. Por el cuarto lado, la región de los sembradíos llamada país del tigre por la aparición esporádica de grandes felinos. En el medio, el pueblo, y en el centro del pueblo, frente a la plaza, la casa del maestro. Vacía. Pero se volvería a llenar de infancia el Día de Reyes, infancia, región visible donde brota el silencio y se conjuga lentamente a la palabra sin dejar de ser silencio. Antes de bajar, sentí el llamado del río; lo saludé cordialmente, ese río anda-

riego y despreocupado que llega hasta el océano, sube al cielo, se baja por los Andes, vuelve al pueblo y no pone inconveniente si algún niño travieso quiere hacer su periplo a contrapelo.

Hasta entonces había pasado inadvertido; pero cuando bajé de la torre en plena luz, me reconocieron todos. Llegué a mi casa con una multitud. Después de los abrazos, las lágrimas de alegría, las exclamaciones, las preguntas, el café, el baño, las arepitas fritas, se armó una gran fiesta añadida a la fiesta tradicional. En la sala había, como siempre para esa época del año, un gran pesebre. El niño de yeso sonreía, enorme, mucho más grande que los personajes y animales de anime que lo rodeaban. Parecía mirarme y yo le dije desde mi corazón: cuando cese el impulso del guaral serpentino, correré hacia tu mano, cachorro juguetón.

Escapé de la fiesta porque debía hacer tres visitas. Cuando llegué a la casa del maestro me estaba esperando. Al fin regresas, dijo, como si yo hubiera tardado al hacer un mandado. Necesito un ayudante, no puedo ya con tanto basilisco.

Acepté de inmediato, pues para eso había regresado. Me estuvo instruyendo largo rato sobre mis deberes, obligaciones y responsabilidades. Con respecto a salarios, remuneraciones y sueldos dijo que a quien cumple su tarea nunca le falta Dios. En el curso de la conversación propuse cambiar la palmeta por la lupa, después de todo tenían la misma forma; pero él me cortó en seco. No hay que suprimir la palmeta sino iluminar las manos que la usan. Sólo pueden ver bien por la lupa los que han visto primero por los ojos de la palmeta, madre de la vergüenza.

Las palabras palmeta y lupa se pusieron a retozar por toda la casa aprovechando el receso docente.

sof

Índice

Prólogo	ix
Álef	1
Bet	7
Guímel	11
Dálet	17
Je	23
Waw	29
Záyin	35
Jet	41
Tet	47
Iod	51
Iod álef	57
Iod bet	63
Iod guímel	69
Iod dálet	75
Tet waw	79
Tet záyin	85
Iod záyin	191

Iod jet 97
Iod tet 103
Caf 109
Éin 113
Caf álef 118

Impreso en Gráficas Lauki, C.A.
Calle Santa Clara, Edif. Tulipán,
Piso 1. Boleíta Norte. Caracas.
Telfs: (0212) 239.5015 / 6029

En *Amor y terror de las palabras*, José Manuel Briceño Guerrero va a decir: «En palabras fui engendrado y parido, y con palabras me amamantó mi madre. Nada me dio sin palabras». Pero no será el único libro donde Briceño Guerrero va a tocar el tema de la palabra o del lenguaje. En *Esa llanura temblorosa*... dirá: «Mis únicos tesoros son el alma y la palabra; pero el alma es salvaje y la palabra no se deja domar». Sucede así con los grandes poetas y filósofos. El enigma del lenguaje. Un don de los dioses, como dice Hölderlin, o una cárcel. La casa del ser, de Heidegger, o las palabras portadoras de simientes, de las que surgen otras palabras que dan el más alto grado de felicidad a quien las posea, de Sócrates. Palabras aislantes o llaves de grandes tesoros. ¿Hiere más una palabra que un puñetazo? *Amor y terror de las palabras* fue publicado por primera vez en 1987, pero con el correr de los tiempos ha sido reeditado numerosas veces, convirtiéndose así en un libro fundamental de la filosofía del lenguaje en América Latina y el mundo.

CULTURA
Corazón Adentro
MISIÓN SOCIALISTA

José Manuel Briceño Guerrero (1929). Profesor de Educación Secundaria en el Instituto Pedagógico Nacional (1951). Doctor en Filosofía, Universidad de Viena (1961). Actualmente se desempeña como profesor de Filosofía en la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad de los Andes. Su obra ensayística y narrativa ha sido merecedora en Venezuela del Premio Nacional de Ensayo (1981) y el Premio Nacional de Literatura (1996). Otras de sus principales obras son: *¿Qué es la Filosofía?* (1962), *América Latina en el mundo* (1966), *El origen del lenguaje* (1970), *Discurso salvaje* (1980), *Anfisbena. Culebra ciega* (1992), *El laberinto de los tres minotauros* (1994), *Diario de Saorge* (1997), *Esa llanura temblorosa* (1998), *Para ti me cuento a China* (2007).

ISBN: 978-980-01-1763-7
9 789800 117637

FECHA
P.V.P. Bs. F.

Monte Ávila
Editores Latinoamericana C.A.

Gobierno Bolivariano de Venezuela
Ministerio del Poder Popular para la Cultura
Venezuela
AHORA ES DE TODOS